







**EL EXILIO ESPAÑOL DE 1939:  
LAS ESCRITORAS**

**Janet Pérez**

Discurso de recepción como Académica de Número en la  
Academia Norteamericana de la Lengua Española

Nueva York

2011



# **EL EXILIO ESPAÑOL DE 1939:**

## **LAS ESCRITORAS**

**Janet Pérez**

DISCURSO DE RECEPCIÓN COMO ACADÉMICA DE NÚMERO EN LA  
ACADEMIA NORTEAMERICANA DE LA LENGUA ESPAÑOLA

*Agradecemos a D. Joaquín Segura, D. Eugenio Chang-Rodríguez, D. Rolando Hinojosa-Smith, D. Luis Pérez Botero, D. Emilio Bernal Labrada, D. Gonzalo Santonja, D. Víctor Fuentes, D. José Luis S. Ponce de León, D. Pedro Guerrero Ruiz, D. Wenceslao Carlos Lozano, D. Isaac Goldemberg y D.<sup>a</sup> Nuria Morgado, miembros de la Comisión de Publicaciones de la ANLE, su colaboración en la edición de este libro, y a la Texas Tech University, su generoso patrocinio.*

Nueva York  
2011

© ACADEMIA NORTEAMERICANA DE LA LENGUA ESPAÑOLA  
© Ediciones ANLE, 2010

ISBN 978-0-615-39405-3

Impreso en los Estados Unidos de América  
Printed in the United States

© Del discurso de recepción: Janet Pérez  
© De la contestación: Gerardo Piña-Rosales  
© De la presentación: Jorge I. Covarrubias

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea fotoquímico, electrónico, magnético mecánico, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la Academia Norteamericana de la Lengua Española.

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced or transmitted in any form or by any means, electronic or mechanical, including photocopy, recording, or any information storage and retrieval system, without permission in writing from the North American Academy of the Spanish Language

## COMISIÓN DE ESTUDIOS LITERARIOS Y PUBLICACIONES DE LA ANLE

### PRESIDENTES

D. Gerardo Piña-Rosales y D. Orlando Rossardi

### VOCALES

D. Angel Aguirre	D. Juan van Halen
D. Abdelhuaed Akmir	D. Rolando Hinojosa-Smith
D. Elio Alba Buffill	D. Cheng Kiayang
D. Armando Alvarez Bravo	D. Jesús López Peláez Casellas
D. José Amor y Vázquez	D. <sup>a</sup> María Rosa de Madariaga
D. <sup>a</sup> Uva de Aragón	D. <sup>a</sup> Maricel Mayor Marsán
D. <sup>a</sup> María Eugenia Caseiro	D. <sup>a</sup> Nuria Morgado
D. Eugenio Chang-Rodríguez	D. Gonzalo Navajas
D. Jorge I. Covarrubias	D. <sup>a</sup> Ana María Osan
D. <sup>a</sup> Georgette Dorn	D. Francisco Peñas-Bermejo
D. Daniel Fernández	D. <sup>a</sup> Janet Pérez
D. Víctor Fuentes	D. Orlando Rodríguez Sardiñas
D. Antonio Garrido Moraga	D. Christian Rubio
D. Manuel Garrido Palacios	D. <sup>a</sup> Esther Sánchez-Grey Alba
D. <sup>a</sup> Marie-Lise Gazarian	D. Gonzalo Santonja
D. Isaac Goldemberg	D. <sup>a</sup> Fatima Tahtah
D. Alejandro González Acosta	D. <sup>a</sup> Carmen Tarrab
D. Luis González del Valle	D. <sup>a</sup> Mary Vásquez
D. <sup>a</sup> Yara González Montes	D. <sup>a</sup> Rima de Vallbona



# ÍNDICE

*Presentación*

Jorge Ignacio Covarrubias

*El exilio de 1939: las escritoras*

Janet Pérez

*Janet Pérez y las escritoras de la España peregrina*

Gerardo Piña-Rosales



## PRESENTACIÓN

**Jorge Ignacio Covarrubias**

*Academia Norteamericana de la Lengua Española*

**M**uchas gracias a todos los presentes por acompañarnos esta noche y muchas gracias como siempre al Instituto Cervantes, nuestro generoso anfitrión.

Una de las tareas más gratas que tenemos en la ANLE es recibir a los nuevos compañeros y compañeras que se sumarán a nosotros en esta aventura del lenguaje. Cuando me asignaron el privilegio de tener que presentar a la doctora Janet Pérez, lo primero que pedí fue su currículum para tomar conocimiento de sus antecedentes académicos. Y cuál no sería mi sorpresa al recibir un currículum de 65 páginas, imás largo que cualquiera de las *Novelas Ejemplares* de Cervantes!

Y aunque la cantidad no implica calidad –aunque sí en este caso– y como estamos en el país de las estadísticas, quiero mencionarles unas pocas para que aprecien la magnitud del currículum de la nueva académica:

Honores y distinciones (35)

Tareas editoriales (45)

Cursos dictados (45, lista parcial)

Tareas administrativas (62)

Tesis dirigidas (75)

Afiliación a asociaciones profesionales (77)

Libros editados y coeditados (102)  
Reseña de libros (180, incompleta)  
Estudios profesionales y presentaciones (193)

Claro que los números no cuentan toda la historia. Y por eso envié a la doctora Janet Pérez un cuestionario para conocer a la persona que se ocultaba detrás de cifras tan imponentes.

Y aquí tuve mi segunda sorpresa. Ustedes recordarán esos versos de Amado Nervo de “quien la vio no la pudo ya jamás olvidar”. Bueno, reemplacen “la vio” por “la leyó” y tendrán una idea de la impresión que me causó. La doctora Janet Pérez no se limitó a enviarme las respuestas a mis preguntas, sino que me regaló una narración de su vida y sus impresiones de tal sencillez y humanidad que tendré el gusto de leerles algunos pasajes para que aprecien su sensibilidad. Porque la narración de esta profesora con el currículum más rico que he visto en mi vida no tiene una pizca de vanidad, un asomo de ostentación, un dejo de soberbia.

Ante todo, quisiera preguntarles si recuerdan a los dos discípulos más conocidos de Freud: Jung, a quien muchos admiramos por los arquetipos del inconsciente colectivo, y Adler, el exponente de la sicología de la superación de limitaciones. Pues la narración de nuestra nueva compañera es un ejemplo brillante de la sicología adleriana, con la superación no de limitaciones propias en este caso sino de las limitaciones de un ambiente restrictivo y atrasado.

Pero leamos lo que dice la autora: *“Mi familia, que vivía en Chicago, se mudó a las montañas Ozarks en el sur de Missouri, frontera con Arkansas, uno de los lugares más pobres, atrasados, ignorantes y xenófobos del país. Mis padres no lo sabían; habían ido allí de vacaciones, se enamoraron del área y sin pensarlo dos veces compraron una granja. Y mi hermano y yo asistimos a una escuelita en una sola aula y con una sola maestra (bastante bruta la pobre). Todo lo que aprendí desde el tercer grado hasta el octavo fue por cuenta propia o con mi madre”*. Y agrega: *“En cierto sentido me crié en el siglo XIX. La casa no tenía calefacción, ni electricidad, ni agua corriente, ni baño interior, ni siquiera agua potable. Era una zona de pequeñas granjas, la mayoría muy pobres. Casi todos los demás niños iban descalzos a la escuela. Mi hermano y yo teníamos zapatos, y esa era una de las razones por la que no nos querían; la otra era por nuestra forma de hablar, pues les daba tanta risa que hacían cola para burlarse. Missouri era la frontera entre Norte y Sur, y esa frontera pasaba por el patio de casa. La gente de la región estaban todos a favor del Sur; nosotros, según ellos, éramos ‘yanquis’ (nos decían a la cara: ‘Ustedes los extranjeros no nos comprenden’). Éramos, pues, los enemigos. Mi hermano y yo no tuvimos amigos; pasábamos la mayor parte del tiempo con los libros, los animales o en el bosque”*.

¿Recuerdan ustedes el libro *El barón rampante*, de Ítalo Calvino; esa obra en que el protagonista decide subirse a un árbol y se queda allí arriba por el resto de su vida? Pues la niña sin amigos dice que pasaba los veranos subida a un árbol leyendo hasta anochecer:

*“Leí las obras completas de Shakespeare el verano que terminé el tercer grado. No comprendí mucho más de la mitad, pero era un mundo mágico al que yo entraba a diario desde mi asiento en un árbol enorme, directamente detrás de casa”.* Y precisamente cuando a Calvino le preguntaron qué había querido representar en esa obra, respondió que quiso simbolizar a alguien que se autoimpone una tarea sumamente difícil y la asume hasta las últimas consecuencias. Parece una definición que le viene como anillo al dedo a la niña que desde el tercer grado, según dijo, cuando se enteró de que el doctorado era la culminación de los estudios académicos, decidió llegar a ser doctora —lo de menos era en qué materia—, pese a todas las limitaciones de un ambiente atrasado, una maestra pueblerina y una escuela deficitaria. Y la niña del árbol no sólo llegó a lograr el anhelado Ph.D. sino también todos los honores habidos y por haber. Creo que bien podemos decir que hoy recibimos entre nosotros a la “Dama Rampan-te”.

El padre enfermó, y como no tenía seguro, después de perderlo todo, *“el hospital le envió a casa a morir”.* Y la familia quedó desamparada cuando a la madre la encerraron en un hospital psiquiátrico durante año y medio y los niños quedaron al cuidado de dos tíos *“bastante raros, verdaderamente siniestros”.* Finalmente la madre pudo vencer la enfermedad y los tres volvieron a vivir juntos, pobres pero felices.

Janet trabajó desde niña. A los 15 años atendía una centralita telefónica. Y como su ambición incansable era la de estudiar y estudiar, se levantaba a las 6 de la

mañana y regresaba a las 9 de la noche. Fue recolectora de fresas y algodón, mecanógrafa, “reportera” de un tribunal y siempre consiguió becas a partir de la secundaria.

Uno de sus sueños, coincidente con su afán de conocimientos, era viajar por el mundo. Y la oportunidad se le presentó un día cuando se enteró de que se ofrecían becas a los estudiantes para ir a Europa. ¿A dónde? ¡No importaba! La cuestión era viajar, conocer, aprender. Resultó ser en Noruega, y la joven hizo el viaje al país de Ibsen y Grieg, donde en dos meses y medio chapurreaba el noruego. Al terminar el curso, con un grupo de estudiantes, según dice, *“alquilamos una camioneta y fuimos por Escandinavia, Alemania, Austria, Checoslovaquia, todavía bajo los comunistas: durante todo el trayecto desde la frontera austríaca a Praga estuvimos siempre al alcance de las ametralladoras, pues había torres apostadas en cada kilómetro, con vigías. Fue mi primera experiencia de las dictaduras y de la opresión política. Después fuimos a París y a España. Retrospectivamente creo que fue una suerte que conociera primero la situación al otro lado del Telón de Acero antes de visitar la España de Franco: así no tuve una impresión demasiado negativa”*.

En un pasaje de su narración, Janet Pérez se define de cuerpo entero. *“Yo era una esponja”*, dice. ¡Qué definición más acertada! Una esponja ávida de absorber todo a su alrededor. Era una especie de *black-hole*, de agujero negro, esas singularidades cósmicas que succionan todo su entorno con una avidez descomunal. Y

además de preciarse de aprender, se enorgullece de enseñar anteponiendo a todo su condición de maestra. Es como esos generales de cuatro estrellas que dicen ser “soldados” o esos cardenales que se dicen “sacerdotes”. La doctora premiada y distinguida se enorgullece sobre todo por su condición de maestra. Nos recuerda a Sarmiento en Argentina, a Bello en su Venezuela, o en Chile, a Gabriela Mistral cuando la invitaron a México.

En su narración, esta doctora de deslumbrante bibliografía hace hincapié no en sus triunfos sino en sus debilidades. Dice que *“para algunos me convertí en una persona muy aburrida”*; en un pasaje habla de su vida social nula, y en otro resalta su timidez: *“el primer año de enseñanza –cuenta– me salió algo como un sarpullido en todo el cuerpo. Un médico dictaminó que eran los ‘nervios’ (ahora se llamaría estrés), provocados por la tensión de enfrentarme a aulas de hasta 43 estudiantes, todos varones, algunos mayores que yo”*.

La doctora Janet Pérez superó todos los obstáculos. La enorgullece haber sido elegida miembro de Phi Beta Kappa. Y también haber recibido el premio a la investigación de la *Barnie E. Rushing Faculty*, porque, como nos cuenta, *“es una organización retrógrada la que lo da, tan conservadora, que la decana tuvo que nominarme seis años seguidos y dejar de nombrar a nadie más. Yo fui la primera mujer en ganarla”*. Y también se complace en haber sido la primera mujer contratada a tiempo completo y con *tenure track* (la vitalicia) en toda la existencia del Departamento de Lenguas Románicas. Según nos dice, *“el año anterior*

*habían admitido a mujeres como estudiantes graduadas, y fueron muy maltratadas en las clases. No doy detalles, pero si se hiciera hoy en día, terminarían sin trabajo o en la cárcel. Así decidieron deshacerse de mí lo antes posible y, en mis primeros nueve semestres, me asignaron diez clases graduadas en materias que nunca había estudiado. Me considero una sobreviviente. Soy la única persona de la cual tengo noticia que ha tenido que ganar la vitalicia tres veces”.*

*Nuestra nueva colega nos dice finalmente: “Ser elegida miembro numerario de la ANLE y correspondiente de la Real Academia Española es indudablemente el honor que más significa para mí, primero porque es con mucho el más importante de mis honores, y segundo porque no lo esperaba. Así que —y sin deseo alguno de halagar— os debo la sorpresa más grata de mi vida; han pasado más de seis meses y todavía camino por las nubes”.*

Por todo lo precedente, esta noche tenemos el honor de recibir entre nosotros a la doctora Janet Pérez, mujer de un intelecto poderoso y brillante, pero sobre todo de una exquisita sensibilidad humana. Por eso, y esperando que no lo considere un atentado a su timidez, quiero darle a nuestra nueva compañera la bienvenida a la ANLE con un abrazo fraternal.



## EL EXILIO ESPAÑOL DE 1939: LAS ESCRITORAS

**Janet Pérez**

*Texas Tech University & ANLE*

**C**on gran alegría y enorme pesar, recibí casi al mismo tiempo las noticias de mi elección a esta docta corporación y de la triste muerte de Ignacio Soldevila-Durante, mi antecesor en la Academia Norteamericana. Ambos sucesos están ya indisolublemente ligados para mí: el honor que la ANLE me concede y la pérdida de ese gran crítico, honrado e íntegro estudioso y muy estimado amigo. Aunque sólo nos vimos personalmente tres o cuatro veces en más de tres décadas, casi siempre, al coincidir en los congresos anuales de la MLA, Ignacio y yo comenzamos a escribirnos estando yo todavía en la Universidad de North Carolina, al comienzo de los setenta, debido a nuestro interés común en la literatura del exilio —correspondencia algo esporádica pero duradera, pues recibí su última comunicación sólo meses antes de su muerte, aunque no mencionara para nada su enfermedad. Pese a numerosos otros temas cultivados por ambos, Ignacio siempre era para mí la voz de la literatura del exilio español. Por ello, el discurso de recepción en la ANLE que pronunciaré a continuación constituye mi homenaje a Ignacio; a los exiliados y exiliadas todos, incluyendo —el último pero no por ello el menor— a Gerardo Piña-Rosales, Director de la ANLE, a quien podemos considerar si no exiliado, al menos expatriado.

Ignacio mismo era exiliado, nacido en Valencia en 1929, fecha tardía para que hubiera participado en la Guerra Civil excepto de espectador y víctima, como la mayoría de los niños de la guerra —como casi todos los futuros escritores del Medio Siglo y de la Literatura Social—, compañeros de generación a la que él luego dedicaría buena parte de su atención profesional, incluso al final de su vida. Estudió en Madrid en la Universidad Central, donde descubrió (hacia 1952-53) ciertos libros de Max Aub en la casa de sus tíos, con quienes vivía, y en seguida decidió escribir su tesis de licenciatura sobre el teatro aubiano, tema problemático durante la dictadura, dado que Aub era un autor exiliado. El director de su tesis, Joaquín de Entrambasaguas, le impuso la condición de no mencionar obras de Aub posteriores a 1936, lo que aumentó el interés de Ignacio por los escritores del exilio, a la vez que nació su compromiso por recuperar ese corpus literario silenciado por el franquismo. Tuvo problemas para publicar la tesis, aunque le intentaron ayudar Dámaso Alonso y Rafael Lapesa, ambos miembros de la Real Academia Española, con quienes había estudiado en Madrid, y quienes tanto aportaron a su gran formación humanística y filológica.

Ignacio decidió buscar camino fuera de España, marchándose al Canadá, donde residió treinta y siete años. Desde 1956 hasta 1993 fue profesor en la Université Laval, de Quebec (1956-93). Aunque en Canadá encontró mayores libertades civiles, el no estar en un país ni en una universidad hispanoparlantes dificultó su carrera profesional, pues su departamento (de “Lenguas, Lingüística y Traducción”) no consideraba

importante el estudio de la literatura española. Según me contaba en varias de sus cartas, se vio obligado a enseñar lingüística, campo en el que inmediatamente se distinguió. Aunque su labor de crítico e historiador literario sigue siendo más importante que su actividad lexicográfica, ésta sola bastaría para hacer de él un filólogo de primera fila.

El compromiso de Ignacio con Aub se extendió a otros escritores de la vanguardia, sobre todo a Francisco Ayala, a quien dedicó varios estudios y la importante edición (1999) del *Epistolario 1951-1972* entre Aub y Ayala. Ignacio se convirtió en fuente obligada de consulta para estudios sobre la narrativa de vanguardia. Llegó a ser la primera autoridad del mundo en la obra de Max Aub. En un congreso de la Asociación Canadiense de Hispanistas en 2007, se le dedicó a una sesión de homenaje en la cual se mencionaron sus “no menos de 200 [títulos] entre libros, artículos, prólogos, reseñas, ediciones críticas, antologías y bibliografías”.

Su mejor vertiente de crítico e historiador literario comprende no sólo sus amplios trabajos en torno a la figura, vida y obra de Max Aub, sino los que su colega canadiense Franklin García Sánchez llama importantes núcleos “historiográfico, generacional, y teórico” en su producción. Aunque yo lo he asociado siempre con la postguerra, García Sánchez destaca la importancia de los estudios de Ignacio sobre el período anterior al 1936, la llamada Edad de Plata (1900-1935).

Hasta el final de su vida, Ignacio trabajó incansablemente intentando completar su visión sintética de la

evolución de la literatura española. Incluso llegó a publicar la primera parte de una obra en marcha: *La historia de la novela española desde 1936 hasta el tercer milenio*.

Al jubilarse de Laval en 1993, regresó a España. En Valencia estableció la Fundación Max Aub y en la Universidad de Alicante enseñó en calidad de Catedrático Emérito. Cuando recibió la terrible noticia de que su enfermedad era terminal, dejó su casa en la playa alicantina de San Juan y regresó a Laval, donde vivían sus hijos. Soportaba con admirable entereza el más cruel de los cánceres. Hacia el final, estuvo tres días en coma, y según fuentes familiares, “Ignacio, en duermevela, pronunciaba versos y evocaba a Machado; también recitaba el romancero”. El obituario publicado por *El País* recordaba que Ignacio solía decir que “no había sino una sola literatura española de aquellos años (de la dictadura y el exilio), una que por razones políticas se escribió fuera de España y otra dentro de ella, pero que ambas eran una misma cosa, como ramas unidas y desgajadas al mismo tiempo de un mismo tronco”.

Si hubiera más mentes como la de Ignacio Soldevila-Durante, los españoles ya habrían dejado de debatir si poner o no poner en marcha la llamada “Recuperación de la Memoria Histórica”.

\*\*\*

Procedo ahora a la lectura del discurso en sí, con la advertencia previa de que un aspecto adicional del homenaje será utilizar en gran parte la metodología paradigmática de Ignacio, el acercamiento filológico clásico español de la historia literaria en su tradición añeja para intentar ofrecer, en el tiempo limitado de un discurso, la visión más abarcadora posible de un fenómeno mucho más vasto y complejo.

Me he dado cuenta de que el título escogido es demasiado ambicioso: en vez de decir “Las escritoras”, debí limitar las implicaciones globalizantes de esa formulación y decir “unas escritoras”, o “una muestra representativa de las mejores escritoras del exilio”, que es lo que he intentado reunir, sintiendo mucho el haber tenido que reducir el número a cualquier cifra arbitraria, porque son legión. Lo más difícil ha sido eliminar, excluir, y pido perdón por adelantado a quienes me reprochen esas lamentables ausencias, ya sean debidas a mis criterios de selección o a los límites de mis conocimientos de este amplísimo tema.

Aunque los aspectos políticos y humanitarios del exilio español de 1939 han sido más sensacionales y polémicos, su vertiente literaria también ha hecho historia. No he encontrado ningún censo de la literatura del exilio comparable a la bibliografía en tres tomos de Maryse Bertrand de Muñoz (2007) de novelas sobre la Guerra Civil escritas en Europa, que ya pasaban de ocho mil hacia comienzos de la democracia en España. Ni siquiera la Primera o la Segunda Guerra Mundial —conflagraciones más largas y aciagas— lograron inspirar cantidades comparables de literatura. La literatu-

ra de la Guerra Civil española excede con mucho a la del exilio —aunque éste fuera de mayor duración—, pero la literatura de la guerra se ha estudiado más. Al escribir de guerras, como de exilios, el énfasis recae primero, cuando no exclusivamente, en la experiencia masculina, pues a las mujeres muchas veces ni se las nombra. Es importante señalar, ya de entrada, que las escritoras enfrentaban tantos problemas cotidianos en su prolongado peregrinaje que la mayoría de ellas no se preocupaba de escribir sobre el exilio: a lo sumo, algún diario o cuaderno. A esta regla general hay excepciones, porque sí hubo exiliadas de la Guerra Civil española —como Rosa Chacel, María Zambrano, Mercè Rodoreda o Teresa Pàmies— que lograron escribir un buen número de obras durante la expatriación. Para la gran mayoría de las escritoras —cuya visibilidad literaria había sido opacada por la mayor fama masculina—, los largos años de exilio generalmente bastaban para que fueran olvidadas, si es que no lo habían sido antes. Y aunque la diáspora puede cobrar dimensiones epopéicas, la vida cotidiana del destierro no suele ofrecer aspectos épicos, lo que puede explicar el relativo poco interés prestado a la literatura del exilio. Sea como fuere, la literatura de las exiliadas sigue sufriendo una notable falta de atención por parte de los críticos e historiadores literarios. Sin embargo, hay escritoras —poetas, novelistas, dramaturgas, ensayistas— que lograron publicar obras significativas, aunque luego muchas de estas obras se hayan perdido, silenciado u olvidado. Las escritoras exiliadas permanecieron en el anonimato durante décadas. Tuvimos que esperar hasta el advenimiento de una España democrática para que se comenzara a “descubrir las”.

En la selección limitada que se examina en este trabajo se incluyen figuras de importancia internacional, de obra extensa, ganadoras de premios importantes, pero por lo general poco estudiadas. Tampoco se ha examinado su literatura como un todo, con el propósito, por ejemplo, de identificar constantes y tendencias. Estudiar la producción literaria de las escritoras exiliadas sigue siendo excepción, pues muchos de los estudios publicados recientemente tienen únicamente fines políticos.<sup>1</sup>

El concepto de exilio —destierro o expatriación— ha evolucionado a través de los siglos. El gran mito del exilio ha sido tradicionalmente *La Odisea*, mito fundacional y prototipo de la literatura desarrollada en torno al tema sempiterno de los exiliados y la añoranza del obligado peregrino que concentra todos sus esfuerzos en poder regresar a la patria. Dicho mito, tal como lo formulara Homero, privilegia dos paradigmas: Ulises como arquetipo del constante viajero, y el modelo original y primario de Ítaca, la querida y añorada, buscada a través de innumerables mares e interminables desventuras a lo largo de veinte años. Precisamente por su condición mítica, Ítaca tiene tanto o más de sueño que de realidad; y esto podría verse como anticipo del fracaso de los regresos, porque el retorno del exiliado es la otra mitad del mito del destierro y repatriación (tampoco estudiado en su conjunto). A Ulises le falta un elemento que es parte de todas las definiciones del exilio: el haber sido exiliado, o sea, expulsado de su tierra con la prohibición de volver, como le sucediera al Cid. Ulises, heroico general, no fue nunca desterrado de Ítaca, ni sobre su cabeza pesaba ningún

edicto de destierro —sólo vientos contrarios. Acaso por eso, su regreso, finalmente victorioso, contradice el concepto de la vuelta imposible del exiliado, de modo que el mito de la *Odisea* no nos sirve para la exégesis del exilio español del 39, ni como modelo de “des-exilio” (o vuelta del exiliado), experiencia que parece haber desembocado frecuentemente en desengaño y amargura. La razón última del imposible regreso es cronológica: a no ser un exilio de poca duración, los sueños y recuerdos del exiliado respecto a Ítaca se distancian cada vez más de la realidad diaria en la patria lejana. La tierra sigue girando, e Ítaca no se queda congelada en el día de la salida: los recuerdos de los exiliados ya no corresponden a la “nueva” patria. Esta imposibilidad del regreso se evidencia en los escritos de exiliados del 39 que volvieron a España décadas después, algunos para quedarse por muy poco tiempo antes de regresar al exilio, como en los casos de Max Aub y Ramón Sender, por ejemplo. Muchas de las exiliadas que volvieron —poetas notables como Ernestina de Champourcin o Concha Zardoya— quedaron bastante desilusionadas, tanto con los cambios encontrados en la patria como con su recibimiento personal. Ejemplos de estos sentimientos son sus elocuentes y amargos poemarios que subrayan o reiteran conclusiones anteriores respecto a la imposibilidad de volver jamás a casa.

A partir de 1980 fueron apareciendo más conceptos referentes al exilio: exilio interior, exilio lingüístico, exilio de género. Aunque Paul Ilie<sup>2</sup> no menciona nunca en su estudio los casos de las poetas Carmen Conde o Concha Zardoya para ejemplificar el “exilio interior”, la

situación de estas fue mucho peor que la de Juan Goytisolo —el paradigma escogido por Ilie—, quien iba y venía desde París siempre que le venía en gana. Tradicionalmente se ha diferenciado entre el exiliado y el expatriado, alegando que éste último puede volver cuando quiera. Acaso el concepto de exilio interior sea más útil para designar el enajenamiento de esos españoles “atrapados” en el país, personas que no pudieron abandonar España a tiempo, sobre quienes pesaban sentencias de encarcelamiento o muerte (como por ejemplo los llamados “topos”, muchos de los cuales esperaron para salir de sus escondites hasta después de la muerte de Franco). El concepto de exilio interior debía incluir a presos políticos (tanto hombres como mujeres), amén de personas como Dionisio Ridruejo, notorio falangista y sobreviviente de la División Azul, quien se desengañó tanto con el curso que tomaba el país bajo la dictadura franquista que dimitió del partido y fue sentenciado a un verdadero exilio interior, en el sentido más literal, a vivir en Cataluña, exilio también lingüístico, puesto que Ridruejo, castellano viejo, ni hablaba ni entendía catalán. Ridruejo fue obligado a vivir con quienes más odiaban a Castilla y a los castellanos desde hacía siglos, y más que nunca bajo Franco. Ilie tampoco lo tuvo en cuenta, aunque la situación de Ridruejo fue un verdadero exilio, pese a que la frontera entre Cataluña y su tierra castellana fuera provincial y no nacional.

La barrera lingüística no es —ni era tampoco— sólo una metáfora: ha seguido existiendo posteriormente bajo las autonomías. Aspectos del llamado “exilio lingüístico” afectaban a lenguas enteras, con límites im-

puestos por la censura franquista al contenido que se podría expresar en determinada lengua vernácula, y así se rechazaban peticiones para traducir ensayos filosóficos al gallego, lengua que, según la censura, sólo serviría para lo folclórico —o, según un censor, “para perros”. Respecto a lo que Geraldine Nichols ha caracterizado de “exilio lingüístico”, extensible a aquellos cuyas lenguas se vieron prohibidas y perseguidas bajo el franquismo, debe mencionarse el “exilio lingüístico” de poetas catalanas como María Antònia Salvà, Simona Gay, Rosa Leveroni, Maria Beneyto, Clementina Arderiu, Roser Matheu, Celia Viñas o Concepción Maluquer, sin olvidar a las gallegas como las hermanas Dora y Pura Vásquez, Luz Pozo Garza, María Mariño Carou, y un largo etcétera, por hablar sólo del exilio poético femenino, sea exterior o interior. Claro que el “exilio lingüístico” vasco llegó a extremos mayores, y no ha sido hasta la democracia cuando se ha comenzado a saber de su existencia siquiera. Los tratos discriminatorios y hostiles recibidos por los vencidos —tanto por el Estado como por sus conciudadanos victoriosos— eran mucho más que una metáfora. La prohibición oficial del uso público de las lenguas vernáculas y publicaciones en ellas equivalía claramente a otra forma de destierro. De todos modos, usar el concepto del exilio para referirse a la marginación lingüística de las lenguas vernáculas no me parece demasiado apropiado.

El concepto de “exilio de género” tampoco es meramente metafórico. Inventado por críticas feministas, alude a la situación de escritoras marginadas y privadas de sus derechos civiles conquistados bajo la República, a la vez que discriminadas y silenciadas por un

régimen patriarcal. Sea como fuere, adoptar el vocablo “exilio” para expresar la opresión que sufría la mujer sólo complica las cosas. Al terminar la guerra, muchos partidarios del legítimo Gobierno republicano que permanecieron en el país se vieron marginados oficialmente, sin posibilidades para trabajar o publicar, como les sucedió a Carmen Conde o Concha Zardoya. Ésta, después de años de lucha inútil sin poder publicar sus escritos ni avanzar en su carrera, tuvo por fin que expatriarse. A Conde no se le permitió utilizar su título de magisterio, arduamente conseguido bajo la República, y se le prohibió publicar bajo su propio nombre. Su marido, el poeta Antonio Oliver, estuvo encarcelado por haber servido en el ejército republicano, y Conde tuvo que escribir bajo pseudónimo, al negársele el privilegio de beneficiarse de la fama que había ganado antes de la guerra. Se vio obligada a cambiar de carrera y trabajar de archivera, a vivir con amistades o parientes, pese a haber sido poeta reconocida antes de 1939, situación mucho más afín a efectos del destierro literal que la intermitente y cómoda expatriación de Goytisolo, calificada por Ilie de *exilio interior*. Pese a las barreras interpuestas, Conde llegó a realizar una obra tan importante que en 1979 fue la primera mujer admitida a la Real Academia Española en toda su historia.<sup>3</sup> Se la sigue omitiendo de estudios sobre la Generación del 27, pese a pertenecer cronológicamente a este grupo, de haber sido amiga de Juan Ramón, de miembros de la Generación como Rafael Alberti y Miguel Hernández, y de haber publicado un total de casi cien libros, entre ellos cuarenta colecciones de poesía. A muchos escritores que sufren largos exilios se les borra de la historia de sus generaciones

(también les pasó a Ernestina de Champourcin y a Concha Méndez), cosa frecuente cuando gran parte de la obra se crea en el destierro. La ausencia prolongada determina que los exiliados se conviertan en fantasmas en el país de origen, y el peregrinaje obligado de aquellos hijos e hijas del éxodo y del llanto basta para que no sean considerados como “hijos adoptivos” en ningún país de asilo. Pero Conde ha sido víctima de este olvido sin haber salido nunca de España: ha sufrido no sólo el “exilio interior” (y acaso de género), sino también muchos de los infortunios del exilio exterior. Con lo cual se hace evidente que la nueva terminología para hablar del exilio complica más que aclara. En el caso de Conde, bastaría con llamarla “víctima de opresión y retaliación política”, sin ambages ni subterfugios metafóricos. Cito a Conde por ser un caso emblemático del tipo de enajenamiento psicológico y emotivo del que habla Ilie. En el presente estudio, cuando hablamos de exilio nos referimos al exilio geográfico o destierro literal.

El primer intento serio desde dentro de España de escribir sobre la literatura de los exiliados fue *Narrativa española fuera de España 1939-1961* (1963) de José R. Marra-López. De los ocho narradores estudiados sólo hay una mujer: Rosa Chacel. Marra-López ofrece una visión muy sucinta de la obra de Chacel, pues todo lo escrito por ella entre 1930 y 1963 había sido prohibido por la censura franquista (la primera obra suya publicada en España fue *Teresa*, en 1963). En su estudio, Marra-López hace breves alusiones, algo crípticas, a María Teresa León y Ernestina de Champourcin, entre las más visibles de las exiliadas del 27, recordándos-

nos, cómo no, que la primera fue la mujer de Alberti y la segunda la esposa de Juan José Domenchina. Sólo menciona sus narraciones de la preguerra; es decir, que no trata las obras que escribieron en el exilio.

**María de la O Lejárraga García** (1874-1974) es el nombre legal de quien escribía y publicaba bajo el nombre de Gregorio Martínez Sierra, según ha demostrado conclusivamente Patricia O'Connor.<sup>4</sup> Lejárraga y Martínez Sierra se casaron en 1900, y publicaron numerosos cuentos y novelas escritos entre 1898-1910 de esa primera década matrimonial. Después se pasaron al teatro, y llegaron a escribir unos cincuenta dramas en total, la mayoría entre 1908 y 1925, con media docena entre 1926 y 1940. María luchó denostadamente por ocultar su tragedia conyugal cuando Gregorio la abandonó por los encantos de la joven actriz Catalina Bárcena, de la cual andaba enamorado desde 1909. Al enterarse Catalina de que era María y no Gregorio quien escribía las obras que le habían hecho a ella famosa como actriz, provocó escándalos tremendos, conocidos en todo el mundo teatral español. A pesar de todo, tal vez por el aguante de María y la cobardía de Gregorio, el matrimonio tardaría muchos años en disolverse. Lejárraga seguía escribiendo teatro, obras que entregaba a Gregorio (y que él firmaba); además, se hizo libretista de obras escénicas, colaborando con conocidos músicos y compositores como Joaquín Turina y Manuel de Falla. Traducía a varios idiomas los textos utilizados para muchas producciones de sus obras en el extranjero (durante la guerra y el exilio, vivía de traducciones). En los años de entreguerras, María militaba en el movimiento sufragista, y escribió la primera

gavilla de sus *Cartas a las mujeres de España* (1916), firmadas con el nombre de Gregorio. Asistió al Congreso Internacional para el Sufragio de la Mujer en Ginebra (1920), y publicó *La mujer moderna*, también firmada por Gregorio (1920). La correspondencia de Gregorio a María revela que él era incapaz de escribir siquiera un pésame, unas cuartillas de presentación, un prólogo o sus propias conferencias. Ella, incansable, hacía de todo. Socialista de convicción desde sus años de maestra, María vivió años de activismo socialista y feminista, de militante en el PSOE y de representante a las Cortes en la tensa situación política de los años republicanos (1931-36). Desarrolló una intensa labor como presidenta de la Asociación Femenina de Educación Cívica y diputada socialista por Granada en la candidatura de Fernando de los Ríos en 1933. Sufrió el exilio político al verse sorprendida por la Guerra Civil en Madrid, donde era agregada comercial de la República. Salió de Madrid en diciembre;<sup>5</sup> Gregorio y Catalina ya habían salido en septiembre sin intención de volver. Atrapada en Francia, María se refugió en Niza (donde tenía casa), y vivió azarosa y clandestinamente bajo el anonimato que le confería el uso del apellido Martínez, a secas, durante el resto de la Guerra Civil y Segunda Guerra Mundial. Gregorio la privó de todo apoyo económico a partir del comienzo de la guerra. Ella viajó a Nueva York en 1950, y vivió luego en Arizona y México, donde se estableció en 1954. Además de traducciones para editoriales, reanudó su producción literaria, hasta su muerte en 1974.

De mayor interés son sus escritos feministas y los de la República, la guerra y años del éxodo, especial-

mente *Cartas a las mujeres de España* 1916) y *Nuevas cartas a las mujeres de España* (1932). Más personales y “literarios” son los libros de memorias escritos en el exilio, *Una mujer por los caminos de España* (1952) y *Gregorio y yo* (1953), que, pese a su renuencia a aceptar, por su carácter “colectivo”, su autobiografismo, poseen un enorme sustrato autobiográfico e histórico. Desde una perspectiva actual, los consideraríamos textos de “testimonio”. Lejárraga sólo publicó un puñado de obras plenamente “literarias” durante la guerra y la diáspora: *Los hombres las prefieren viudas* (¿1938?; teatro) y *Sortilegio* (¿1940?; teatro); los ya citados *Una mujer por los caminos de España. Recuerdos de una propagandista* (1952); *Gregorio y yo. Medio siglo de colaboración* (1953); amén de *Viajes de una gota de agua* (1954); *Fiesta en el Olimpo y otras diversiones menos olímpicas* (1960). Falleció en 1974, a punto de cumplir los 100 años.

Ha habido casos (el de Chacel sería uno de ellos) en que por un cambio en la situación política, el expatriado se convierte en exiliado. **Rosa Chacel** y su marido, el pintor Timoteo Pérez Rubio, vivieron en Roma de expatriados (voluntarios) desde 1922 a 1929. Volviendo brevemente a España, donde ella colaboró con el grupo de Ortega y su *Revista de Occidente*. También data de este período el contacto entre Chacel y María Zambrano —ambas discípulas de Ortega y Gasset. Estuvieron Chacel y su marido luego en Inglaterra, Alemania y Grecia, y pasaron la mayor parte de la Guerra Civil en Francia, desde donde ella escribió algunos artículos y poemas para la revista republicana *Hora de España*.<sup>6</sup> Al terminar la guerra, supuestamente apare-

ció el nombre del marido de Chacel en una lista de personas sobre las que recaía orden de detención por haber colaborado con el grupo de intelectuales y artistas que se unieron para poner a salvo los tesoros del Museo del Prado durante los bombardeos. Pérez Rubio y Chacel se marcharon al exilio, y residieron principalmente en México, Argentina y Brasil. Chacel nunca se consideró exiliada (ella solía decir que no quería darle tanta importancia a Franco), sino expatriada, pero su marido no podía volver a España, y el matrimonio siguió en Sudamérica, la mayor parte del tiempo en Buenos Aires, hasta la muerte de Timoteo en 1977.

Cuando regresa definitivamente a la patria, Chacel tenía casi ochenta años: había residido en el extranjero durante sesenta años, con casi cuatro décadas en condición de exiliada. La mayor parte de su obra se compuso necesariamente fuera de España, aunque sus circunstancias personales despiertan pocos ecos en su obra literaria. Era una persona muy *sui generis*, y bien pudo ser que no quisiera perder el tiempo escribiendo algo que podría recibirse como meras quejas personales.<sup>7</sup>

Le interesaba apasionadamente todo el mundo clásico, el tema del Eros como fuerza primaria, el análisis psíquico y psicológico de sus personajes, la perfección del estilo —muy acorde con la estética de su maestro y sus compañeros de generación—, y el género de la confesión (pese a que, como la mayoría de los escritores del 27, Chacel no era una escritora confesional). En sus obras apenas se refiere al exilio como tal: evitó hacerlo hasta su vuelta a España. Habló de sus circuns-

tancias exílicas solamente en sus escritos más personales o autobiográficos, como *Timoteo Pérez Rubio y sus retratos del jardín* (1980), homenaje póstumo a su marido. Su trilogía “La escuela de Platón” —generalmente considerada su obra maestra y la más premiada de sus obras—, es una especie de saga histórico-autobiográfica de tres novelas sucesivas conectadas por la misma protagonista/conciencia narradora y cierta continuidad cronológica a lo largo de los tres tomos que relatan la historia de su generación literaria: *Barrio de maravillas* (1976), que cubre desde 1900-1914; *Acrópolis*, 1914—1936; y *Ciencias naturales* (1988), el tiempo de exilio. Esta trilogía, emblemática del desarrollo cultural-literario madrileño durante casi todo el siglo XX, comienza en Argentina y concluye cuando la protagonista aborda el avión para volver a España después de la muerte de Franco. El largo exilio de Chacel ofrece dificultades de clasificación: yo lo llamaría exilio *de facto*, pese a que ella lo considerara expatriación.

No sería exacto clasificar a Chacel de feminista: era partidaria de una estricta división igualitaria de responsabilidades, sin privilegios, tal vez por la atmósfera de igualdad que había vivido bajo la República o por sus experiencias exílicas. El hecho es que fue en el exilio cuando empezó a prestar más atención a la penosa e injusta situación de las escritoras desterradas. *Ciencias naturales* retrata las dificultades de la mujer en un mundo literario dominado por hombres.

Además del ya citado homenaje al marido, entre sus escritos autobiográficos se encuentran *Alcancía*

(1984), su diario en dos volúmenes, *Ida* (I) y (II) *Vuelta*. En *Ida* trata nuevamente los problemas de género que enfrentan a una escritora, sobre todo si es extranjera o exiliada, lo que recuerda bastante las dificultades de la mujer en el mundo literario, ya presentado en *Ciencias naturales*. Como sugieren los títulos, *Ida* cubre el exilio —casi cuarenta años— y la segunda parte, *Vuelta*, el tiempo después del regreso a España, que en el momento de su publicación abarcaba sólo seis o siete años.

Chacel ganó el Premio de la Crítica en 1976 y nuevamente en 1977; fue candidata a la Real Academia Española en 1978 (con Conde, quien ganó); luego fue candidata al Premio Cervantes varias veces. Entre los honores recibidos en sus últimos años se incluyeron galardones tan significativos como el Premio Nacional de Literatura (1988), el Premio de Castilla y León (1991), y la Medalla de Bellas Artes (1994), que le fue entregada personalmente por el Rey Juan Carlos en el hospital donde poco después moriría. Casi con toda seguridad, de no haber sido por el largo exilio, habría producido más, habría sido más conocida, más estudiada. Fue la mejor escritora de su generación —la del 27— y permaneció fiel toda su vida a las ideas de Ortega y Gasset y a la estética de su juventud, al Modernismo europeo (no tanto al Vanguardismo, pese a ciertos elementos surrealistas en algunos cuentos suyos). Aunque negara una y otra vez que ella no había sido exiliada, parece indudable que fue víctima del olvido que acompaña la condena exílica, de la misma manera que lo sufrieron otras compañeras suyas de generación.

**María Zambrano** (1904-1991), autora de cerca de treinta volúmenes de escritos y más de 200 artículos, nació en una familia de educadores. Su padre, entusiasta de las reformas educativas del día y del sistema innovador de la Institución Libre de Enseñanza, fue gran amigo de Antonio Machado, quien parece haber sido la inspiración para las ideas filosóficas de la hija. María tuvo como profesores a filósofos tan eminentes como Ortega y Gasset (1883-1955), Manuel García Morente (1886-1942) y Xavier Zubiri (1898-1983). Escribió su tesis doctoral sobre Espinoza, bajo la dirección de Ortega, en la Universidad de Madrid, y poco después aceptó un puesto de profesora de Metafísica (siendo una de las primeras mujeres en obtener puesto universitario en España), disciplina que enseñó hasta 1936. Escribió en su época inicial los primeros de unos quince comentarios sobre la obra de Ortega, publicados a lo largo de su vida, y se distanció pronto del pensamiento del maestro, interesándose progresivamente más en el alma humana (pese a su cátedra de Metafísica, Ortega era esencialmente agnóstico y poco preocupado por lo religioso). Zambrano empezó pronto a publicar en revistas liberales como *Revista de Occidente* y *Cruz y Raya*. Durante la guerra, trabajó activamente en *Hora de España*, como Chacel, colaborando con intelectuales y poetas de la talla de Carmen Conde, Rosa Chacel, Pedro Salinas, Rafael Alberti y Luis Cernuda. Acaso debido a su condición de mujer, o a la poca popularidad de la filosofía, Zambrano era poco conocida antes del destierro, que emprendió en 1939.

Al comienzo de su exilio, enseñó en varias universidades (en La Habana, México y Puerto Rico), y abandonó la enseñanza, sin explicación, después de unos catorce años, para volver a Europa en 1953. Pasó once años en Roma (1953-64), residió brevemente en Suiza y luego vivió (1964-80) en una pequeña granja cerca de Ginebra. Cumplió los ochenta años en 1984, cuando regresó a Madrid, entre los últimos repatriados, dando fin a su largo exilio (cuarenta y cinco años en total) cuando ya había recibido el Premio Príncipe de Asturias (1981) y un doctorado *honoris causa* de la Universidad de Málaga (1983). Fue galardonada con el Premio *Cambio 16* en 1986, y en 1988 fue la primera mujer y primer filósofo (o filósofa) en recibir el Premio Cervantes. Escribió, pues, la mayor parte de su obra en el exilio, y aunque el suyo figura entre los más prolongados, lo menciona menos incluso que Chacel.<sup>8</sup> Hay referencias esporádicas en algunos de sus 210 artículos, que sugieren el lugar o la circunstancia del momento de escribir (ejemplos serían “La Cuba secreta”, 1948, “El camino de Quetzalcoatl”, o incluso su libro, *Isla de Puerto Rico. Nostalgia y esperanza de un mundo mejor* [1940]). Pero la mayoría de sus artículos, crítica de gran aliento poético, versan sobre autores antiguos y modernos, desde San Juan de la Cruz y Séneca hasta Cervantes y Galdós, amén de Rilke, Benedetto Croce y José Lezama Lima. Trata repetidamente a Unamuno y Antonio Machado, favoritos suyos, además de varios filósofos modernos: Descartes, Espinoza, Hegel, Nietzsche, Husserl, Heidegger, y Octavio Paz; a Ortega y Gasset le dedica unos quince artículos. Escribe extensamente sobre poetas de la Generación del 27: Federico García Lorca, Miguel Hernán-

dez, y exiliados como Luis Cernuda, Juan Ramón Jiménez, o José Herrera Petere. Varios de sus artículos giran en torno al simbolismo de la figura de Antígona, que cuajarán en su libro *La tumba de Antígona* (1967).

El estilo de Zambrano presenta frecuentemente aspectos líricos, sobre todo en las meditaciones — series de asociaciones encadenadas, como se aprecia en los breves documentos suyos publicados en *Anthropos* (70-71) bajo el encabezamiento de “A modo de autobiografía”, donde plantea la cuestión, “¿Qué es hacer una biografía?” Como botón de muestra, he aquí su meditación sobre el nacer:

Nacer sin pasado, sin nada previo a que referirse, y poder entonces verlo todo, y sentirlo, como deben sentir la aurora las hojas, que reciben el rocío, abrir los ojos a la luz sonriendo, bendecir la mañana, el alma, la vida recibida, la vida, qué hermosura, sintiéndose ser nada, o apenas nada.<sup>9</sup>

Sus otros escritos autobiográficos son “Adsum” y “La multiplicidad de los tiempos”. Adsum: “Nacer, delito, muerte, renacer. ¿Qué es nacer? ¿Cuándo se nace? Nacer es realizar el sueño que otros han soñado: nacer es reconocerse, reconocer a la naturaleza, los padres. Dios. . ., nacer es convivir con ellos” (*Anthropos* 70-71, 4). Lo más autobiográfico de Zambrano es su libro juvenil —aunque no publicado hasta 1989— *Delirio y Destino*, subtulado “Los veinte años de una española”, escrito en la época de las vanguardias, y uno de sus libros más conocidos. Es una especie de memo-

ria con atributos cuasinovelescos y aspectos del *Bildungsroman*, ubicado cronológicamente en 1929-30. En este sentido recuerda ocasionalmente aspectos de los escritos autobiográficos de Chacel, con quien comparte la veta filosófica y elementos del Modernismo europeo. En sus páginas habla de su relación personal y filosófica con su maestro y mentor, Ortega.

En mucho de los escritos de Zambrano se combinan poesía y filosofía, herencia de Antonio Machado con su visión del filósofo poeta, al cual también aspira Zambrano, como se aprecia en *Pensamiento y poesía en la vida española* (México: La Casa de España, 1939), o *Filosofía y poesía* (Morelia: Publicaciones de la Universidad Michoacana, 1939).

*El hombre y lo divino* (1955), considerado por muchos su obra maestra, emplea su “descubrimiento” de la Razón Poética para elucidar la experiencia religiosa, lo sagrado, el sacrificio, y actitudes humanas frente a lo *incognoscible*. Explora a veces, a través de estados oníricos, el papel del tiempo en la vida humana mediante un estado de pasividad que intenta acercarse a lo intemporal. Sus teorías sintetizan las relaciones entre la palabra creadora y la tragedia, la religión, la novela y la filosofía (cf. *El sueño creador*, 1965). Más que una conciencia existencial, lo que promulga Zambrano es el “sueño creador”. *Los sueños y el tiempo* (1992) es un libro fundamentalmente de talante literario, como lo es *España, sueño y verdad* (1965), visiblemente endeudados con *La vida es sueño*, de Calderón de la Barca.

Los últimos libros filosóficos importantes de Zambrano son *Claros del bosque* (1977), en el que indaga sobre la esencia del ser, su presencia y su realidad, presentando preocupaciones ontológicas y el concepto de la epifanía pasiva; y *De la aurora* (1986), en el que privilegia la intuición y lo irracional como vías de comprensión y conocimiento.

Compañera de generación de Chacel y Zambrano, algo más joven que Lejárraga fue **Ernestina de Champourcin**, la más celebrada de las poetisas de la Generación del 27, de la que también formaban parte Rosa Chacel, Concha Méndez, Marina Romero y Concha Zardoya, por citar sólo a las más fecundas e importantes, y todas exiliadas a “las Américas”. A este tenor, no hay que olvidar que pese a la importancia de México y Argentina como países de asilo, otros países americanos también acogieron a exiliados españoles, desde Cuba, la República Dominicana y Uruguay hasta Puerto Rico y Estados Unidos.

Champourcin, nacida de una familia noble en Vitoria, en 1905, recibió una educación esmerada, con tutores hasta los diez años; después, cuando su familia se mudó a Madrid, obtuvo el bachillerato en el Instituto Cisneros. Se frustró su deseo de cursar estudios universitarios por la insistencia de su padre en que su madre la acompañara a clase y la tozudez de la joven al rechazar tales condiciones. Champourcin, que no fue nunca feminista militante, aunque defendía los derechos de la mujer, fundó, con María de Maeztu, María Baeza, Pilar Zubiaurre y Concha Méndez (Asunce), el Liceo Femenino de Madrid.

Sus primeros poemarios reflejan influencias románticas y simbolistas. Juan Ramón Jiménez fue su ídolo y mentor. Desde el principio hasta el fin, la poesía de Champourcin, siempre muy personal, ajena a preocupaciones teóricas y experimentación, presenta preocupaciones religiosas. Durante la década anterior a la Guerra Civil publicó cuatro poemarios que le ganaron cierto respeto, y figuró como la única mujer representante del 27 en la significativa antología de Gerardo Diego, *Poesía española [Contemporáneos]* (1934), de lo cual Champourcin se enorgullecería toda su vida.<sup>10</sup> Luego, sin embargo, casi todos la fueron excluyendo de la nómina de dicha generación (como a Conde y a Méndez). Posteriormente, la crítica ha considerado las colecciones publicadas antes de su matrimonio y exilio como “poesía del amor humano” para distinguirla de su obra del exilio, “poesía del amor divino,” que también se separa de su poesía de vejez y soledad, escrita después de su regreso a España.

Entre otras amistades intelectuales suyas en Madrid se contaba el aspirante a poeta, Juan José Doménchina, joven activista de la política republicana de izquierdas, con quien compartía la admiración por Juan Ramón Jiménez. Con el estallido de la guerra, Champourcin trabajó como enfermera y auxiliar de hospital hasta noviembre, cuando se casó con Doménchina (quien sería poco después secretario del Presidente Manuel Azaña). Acompañaron al Gobierno de la República en sus progresivos exilios y luego a Francia. Champourcin publicó en la prensa republicana (*El Sol*,

*La Gaceta Literaria, Mujer, La Estafeta Literaria, Blanco y Negro*), aunque no en otros órganos más radicales.

Por último, el matrimonio aceptó la invitación de Alfonso Reyes para enseñar en México. Ella se adaptó bastante bien al destierro (o transtierro), pero Domenchina no: cerebral, polémico, dogmático, cáustico, exaltaba su propia creatividad y sufría constantemente por su “tragedia personal” hasta el punto de dimitir pronto de su labor pedagógica, alegando falta de preparación y vocación. En otras palabras, que Ernestina tuvo que trabajar para mantener a ambos. Sus traducciones (era trilingüe) para el Fondo de Cultura Económica se convirtieron en su actividad principal durante muchos años, forjándose una nueva carrera de intérprete que conllevaba numerosos viajes internacionales. Durante quince años, tradujo unos cincuenta títulos para Revista de Occidente, Rialp y otras editoriales, por lo que abandonó durante años la poesía (etapa recreada en *Primer Exilio*, escrito después de su regreso a España). Dicho poemario, que comienza con la guerra y relata su itinerario desde Madrid hasta México, es acaso su contribución más importante a la poesía del destierro. Entre 1948 y 1950 (según la cronología de Landeira 17), viaja repetidamente a Washington, DC, en calidad de intérprete oficial, lo cual constata el reconocimiento internacional de su aptitud como traductora. Aquí, rompe con el estereotipo de género, pues obviamente la parte activa y emprendedora de la pareja es ella, mientras Domenchina se sume en la neurastenia y la depresión.

Volvió a la poesía con *Presencia a oscuras* (1952), fruto de años de introspección, en búsqueda de una verdad personal y un camino propio en la vida. Hay modificaciones en su concepto de Dios, que llega a ser la Razón, y en un sentido místico, Amigo, refugio, presencia, y respuesta a toda pregunta.

Después de la muerte de Domenchina en 1959, se intensifica en su poesía el tema del “amor divino”. Champourcin apela a su fe en las colecciones *Cárcel de los sentidos* (1964), *El nombre que me diste* (1966), *Hai-kais espirituales* (1967), *Cartas cerradas* (1968) y *Poemas del ser y del estar* (1974), ésta última escrita cuando ya había regresado a España. En los libros de “amor divino”, Champourcin vuelve con renovada intensidad a su entusiasmo adolescente por San Juan de la Cruz y otros místicos. Resulta irónico que a pesar de su devoción duradera y la ausencia de religiosidad en Domenchina, varios críticos hayan notado en su “poesía de amor divino” la influencia del marido. Igualmente irónico es que la crítica siga incluyendo a Domenchina en la nómina canónica del 27, escribiendo sobre él, mientras excluye a Champourcin, práctica en la cual incurre la misma Zardoya (quien estudió a fondo la poesía del exilio de Domenchina en su “Juan José Domenchina, poeta de la sombra”, *Poesía española del siglo XX* [1974]). “Champourcin se refugió en los recuerdos, entre los cuales ya se hallaba el exilio que al parecer nunca le resultaba demasiado ingrato. Escribió su memoria, *La ardilla y la rosa (Juan Ramón en la memoria)*, 1981, con la explícita intencionalidad de rendir agradecido homenaje a su maestro” (Nieva 22). La poeta, en su vejez y soledad, se refugiaba en sus

años juveniles que acaso fueran los más felices, vitales y productivos de su vida, dedicados a la poesía y al amor.

A su regreso a España, en 1972, se estableció de nuevo en Madrid, pero la ciudad antes tan familiar le resultaba desconocida después de más de tres décadas de exilio, y así, en el poemario *La pared transparente* (1984) se lamenta de ese sentimiento de extranjería que siente en su país de origen. En 1988 publicó *Huyeron todas las islas*, poemario en el que adopta la metáfora del individuo como isla para expresar su creciente soledad y la proximidad de la muerte. El regreso a un mundo ajeno resultaba más difícil para ella que el exilio. Champourcin es, con Zardoya, quien más ha contribuido a describir lo que podría llamarse la posible vuelta (o el imposible retorno) del exiliado. Sus sentimientos de soledad existencial, frustración y angustia siguen *in crescendo* en sus últimos libros, *Los encuentros frustrados* y *Del vacío y sus dones* (ambos de 1991). En *Del vacío y sus dones* expresa su frustración y enajenamiento existencial, aunque todavía encuentra el modo de reafirmar su creencia en los valores eternos, y llega a la conclusión de que, al fin y al cabo, el vacío también puede ofrecer dones positivos (Morocco).<sup>11</sup> Vuelve a la visión medieval de la vida como tránsito hacia la muerte y transformación para trascender la angustia y ver la fe como el camino hacia la luz, su visión de Dios reconfirmada. A lo largo de su vida, Champourcin escribió unos quince poemarios, sin contar antologías y la edición de poesías reunidas, *Poesía a través del tiempo* (1991), un libro de memorias, además de muchísimas traducciones.

Ernestina de Champourcin nunca se sintió satisfecha (después de su primera época) con el reconocimiento recibido en España; sólo comenzaron a reconocerla oficialmente en 1991, poco antes de su muerte en 1999 y luego en ocasión de su centenario en 2005. Por esto último, acaso, es la mejor y más extensamente estudiada de las poetas del exilio.

**Concha Méndez** (1898-1986), también miembro y poeta muy conocida de la Generación del 27 antes de la guerra, fue, a raíz de su exilio, igualmente olvidada como Champourcin y Conde. De una familia adinerada y conservadora, sufrió de las restricciones impuestas en su casa y los castigos sufridos cuando participó en concursos de atletismo (ganó uno de natación, con lo cual salió su fotografía en la prensa y su padre le conminó: “¡Pareces retratada como una cualquiera!”). Se fue de casa, navegó en un barco carguero hasta Inglaterra, y después se acercó a los círculos literarios de Madrid. Publicó cuatro colecciones de poesía antes de la guerra: *Inquietudes* (1926), *Surtidor* (1928), *Canciones de mar y tierra* (1930), y *Vida a vida* (1932), reimpresso en su último libro, *Vida o río* (1979). En 1928, García Lorca la presentó al joven poeta Manuel Altolaguirre, siete años menor que ella. Se casaron en 1929, en una ceremonia presenciada por la mayoría de los miembros de la Generación. Concha se unió a las empresas editoriales de Altolaguirre, quien en 1926 había fundado (con Emilio Prados) la revista *Litoral*, siendo ésta el último órgano cultural republicano de importancia durante la Guerra Civil. Según las memorias de varios miembros de la Generación del 27, los recién casados vivían en un pequeño hotel en Málaga

donde Altolaguirre regularmente recibía a otros literatos en tertulias, mientras Méndez (vestida con el mono azul obrero, fuerte y atlética), manipulaba la prensa. La pareja estableció una editorial que publicaba revistas de vanguardia como *Caballo verde para la poesía* (de Neruda), *Héroe*, y *Hora de España*. Aunque Méndez parece haber escrito más —y mejor— que Altolaguirre, ha sido casi anulada de la historia del 27.<sup>12</sup>

En 1937, Méndez, encinta y acompañada de su niñita de dos años, huyó del asedio de Madrid a París, donde las recogió el escritor Paul Eluard, y allí perdió al hijito recién nacido, lamentado en su elegía, *Niño y sombra* (1939). Cuando Altolaguirre se reunió con ellas en 1939, fueron primero a Cuba, donde vivieron hasta 1943, y luego se establecieron en México. En La Habana, Méndez publicó *Lluvias enlazadas* (1940), poemas pesimistas de guerra y muerte, sangre y violencia, reflejo de los horrores del conflicto civil. También publicó obras dramáticas como *El solitario* (1940); *Poemas, sombras y sueños* (1944), y *Villancicos de Navidad* (1944), ambas colecciones poéticas publicadas en México.

Méndez es la única del grupo de 1927 en enfocar el impacto del conflicto sobre las familias, y en particular sobre mujeres y niños. Su poesía se hace eco de la lírica tradicional y emplea la métrica popular, especialmente en sus canciones neopopulares (parecidas a las de García Lorca). Una reseña de Francisco Ayala de 1928, citada por Bellver, señala que la poesía de Méndez antes de la guerra respiraba vitalidad, entusiasmo, fuerza y optimismo juvenil; en fuerte contraste, su poesía de

la guerra y el exilio manifiesta revulsión ante los horrores de la guerra, dolor, pérdidas, desesperanza, ambigüedad, tonos sombríos e imágenes de oscuridad y negativismo (Bellver 27).

Habiendo perdido a su hijo, Méndez pronto perdió al marido cuando éste, ya en el exilio, la abandonó a ella y a la hijita de ambos. El colapso de su matrimonio parece haber coincidido con la muerte de su madre, y Méndez se desesperó, presa de la soledad y el desamparo. Le salvó el amor de su hijita y la relación entre ellas, de modo que sus poemas subsiguientes reiteran la fuerza de los lazos entre ambas. La poeta también estableció una relación simbólica con Rosalía de Castro, en quien percibía un alma gemela. Parece haber dejado de publicar desde esta época crítica durante cerca de un cuarto de siglo, hasta 1979, cuando apareció su último libro, *Vida y río*.

Separada del centro poético, Concha Méndez fue marginada y olvidada por la crítica por más de medio siglo, pero durante ese tiempo, escribió unas memorias muy importantes entre los testimonios del exilio, que medio escribió, medio dictó a su nieta, Paloma Ulacia Altolaguirre, y publicadas por ésta en 1990 como *Memorias habladas, memorias armadas*. Méndez falleció en México en 1986, la única de las escritoras examinadas en este estudio que murió en el exilio.

**María Teresa de León y Goyri (1903-1988)**, nacida en Logroño de una familia acomodada, conservadora y aristocrática, comenzó ya de joven a exhibir tendencias liberales. Sus intereses literarios fueron

alentados por sus tíos, los distinguidos filólogos María Goyri y Ramón Menéndez Pidal, componentes decisivos en su educación literaria y formación intelectual (reflejadas en las numerosas publicaciones de León sobre el romancero y clásicos de la literatura española, escritas en diferentes etapas de su vida). Un primer matrimonio hacia 1920 fracasó pese al nacimiento de dos hijos y terminó en una separación definitiva en 1929. Entre 1921 y 1929, había ido publicando cuentos en el *Diario de Burgos*, bajo el pseudónimo de Isabel Inghirami. En 1929 publicó su primer libro, *Cuentos para soñar* (escritos para niños, como sería el caso luego con *Rosa-Fría, patinadora de la luna* [1934], y *La bella del mal amor* [1930], seis cuentos inspirados en el romancero). En 1929 conoció al poeta Rafael Alberti, con quien compartiría el resto de su vida. En 1933, cuando la República autorizó el divorcio, se casaron. En el mismo año, fueron a la Unión Soviética como emisarios del Gobierno republicano, y luego viajaron por Europa para estudiar lo más reciente del teatro internacional. A la vuelta, fundaron la influyente revista *Octubre*, y en 1934 el matrimonio asistió al Primer Congreso de Escritores Soviéticos en Moscú, viajando luego a Estados Unidos con el fin de recaudar fondos para los mineros asturianos. María Teresa se hizo miembro del partido comunista en 1935, y el matrimonio comenzó a militar en la Alianza de Intelectuales Anti-Fascistas.

Durante la guerra, María Teresa asumió importantes responsabilidades políticas y artísticas, especialmente con referencia a la protección de tesoros artísticos nacionales, defendiendo y rescatando las co-

lecciones de importantes museos, experiencias que conforman la base de su libro, *La historia tiene la palabra* (1944), como también la posterior obra teatral de Alberti, *Noche de guerra en el Museo del Prado* (1956). En 1937, María Teresa colaboró en la formación de tropas teatrales para la Alianza Antifascista y formó las Guerrillas del Teatro; en esa misma época comenzó a escribir sus memorias del conflicto en *Crónica General de la Guerra Civil* (1937). En *Cuentos de la España actual* (1936), la más ideológica y propagandística de sus colecciones, denuncia la injusticia social y la opresión del proletariado.

Al final de la guerra (1939), ella y Alberti emprendieron el exilio —que duraría 38 años—, yendo primero a París, donde trabajaron en Radio París Mondial. Vivieron en casa de Pablo Neruda, pero cuando el régimen franquista solicitó al gobierno de Vichy su extradición, salieron de París (1940) rumbo a Argentina. En el exilio, María Teresa se dedicó a escribir novelas, cuentos, biografías, guiones para cine y radio, y memorias. En 1941, nació su hija, Aitana, acontecimiento al que siguió un período de gran felicidad y relativa paz. En 1942 vio la luz otra colección suya, *Morirás lejos*, y en 1962, *Fábulas del tiempo amargo*, ya con menos énfasis político y una mayor atención a lo estético, donde reaparecen influencias de sus primeros escritos: un tenue surrealismo, la importancia de los sueños y el subconsciente, y (reflejando el nuevo espacio) la presencia de mitos de los aborígenes americanos. Posteriormente, estas dos colecciones se fundieron con sus *Cuentos de la España actual*, bajo el título *Una estrella roja* (1979). En otra colección de sus cuentos, *Las*

*peregrinaciones de Teresa* (1950), se examinan temas como la psicología femenina, la resignación o el fatalismo, el deseo, la condición femenina.

María Teresa León escribió tres novelas. En *Contra viento y marea* (1941) intenta conectar la Guerra Civil española con el contexto histórico mundial mediante la historia de una brigada de voluntarios cubanos que se incorporan a las Brigadas Internacionales para ayudar en la defensa de Madrid. *Juego limpio* (1959) refleja parte de la experiencia bélica de la escritora, pues se presenta como las memorias del fraile Camilo, que huye de su monasterio y la guerra, es herido en el frente, y acaba uniéndose a las Guerrillas del Teatro. De nuevo evoca la caída de Madrid, la evacuación del Gobierno republicano y la partida de las Brigadas Internacionales. Su tercera novela, *Menesteos, marinero de abril* (1965), revela la obsesión de María Teresa por la guerra y el exilio mediante un personaje de la *Ilíada*, Menesteos. La obra es hasta cierto punto un homenaje a Cádiz, donde había nacido Alberti. Este mítico marinero explora muchos de los temas predilectos de la escritora: el exilio, lo perdido, los viajes, la memoria, el concepto del paraíso terrenal, la búsqueda de la patria perdida. *Memoria de la melancolía* (1970), en opinión de muchos su obra más importante, es sin duda su mayor contribución a la literatura del exilio. En sus páginas, la autora describe su lucha para sobrevivir en el exilio, su nostalgia por el país perdido, sus recuerdos del pasado. Su dominio del lenguaje ha sido comparado al de Proust y otros innovadores de la narrativa del siglo XX. La autora se enfrenta a la paradoja que le presenta la esperanza de una nueva vida y el

hecho de que para conseguir ese paraíso perdido de su vida anterior, su pasado ha de morir.

La obra de María Teresa León es extensa e incluye escritos en todos los géneros, aunque lo más importante de su producción son sus novelas, cuentos y memorias. En 1963, después de 23 años en Argentina, el matrimonio se trasladó a Italia (de donde eran los antepasados de Alberti), se establecieron en Roma, y comenzaron a recibir visitas de amistades españolas. Aunque añoraban intensamente volver a España, sabían que todavía correrían peligro si volvían bajo la dictadura. Regresaron a la patria en 1977, cuando María Teresa ya había comenzado a presentar síntomas de la enfermedad de Alzheimers. En 1988 falleció. La mayor parte de lo escrito sobre ella ha aparecido a partir de su repatriación y especialmente después de su muerte.<sup>13</sup>

**Concha Zardoya** (María Concepción Zardoya González) nació en 1914 en Valparaíso (Chile), de padres españoles, de clase obrera, emigrados a raíz de desacuerdos con el gobierno conservador de Alfonso XIII. Sus padres vivieron veinte años en Chile, pero criaron a sus dos hijos en un ambiente familiar muy español. La futura poeta vivió en Chile hasta los dieciocho años, cuando sus padres regresaron a España poco después del advenimiento de la Segunda República. Comenzó de maestra de párvulos y dio clases privadas para pagar sus estudios de Filosofía y Letras en la Universidad de Madrid. Durante un tiempo trabajó además de secretaria de Gabriela Mistral (futuro Premio Nobel, entonces Cónsul de Chile en Madrid). Muchas veces la familia no tenía dinero suficiente para ca-

lentar su vivienda ni para comer. La joven luchaba por seguir estudiando: tenía profesores tan ilustres como Américo Castro, Manuel García Morente, José Ortega y Gasset y Pedro Salinas, por cuyo conducto llegó a conocer a Pablo Neruda y miembros de la Generación del 27. Durante la guerra, entabló amistad con Dámaso Alonso, Rafael Alberti y Vicente Aleixandre.

Concha sufrió dolorosas pérdidas personales durante la guerra: Alfonso Juan, su hermano, compañero constante y mejor amigo, murió a los veinte años en el frente. Varios de sus primeros poemas, aparecidos en *Hora de España* y otros en una serie de poemarios, algunos inéditos, fueron dedicados a él.<sup>14</sup> Otra víctima de la Guerra Civil fue su primer amor. Pese a su fortaleza personal, los primeros escritos de Zardoya emanan dolor y tristeza. Durante la guerra, Zardoya estuvo a cargo de la inspección de instalaciones bibliotecarias de guerra para el Ministerio de Instrucción Pública. Esto, y el hecho de haber publicado en *Hora de España* en plena Guerra Civil (1938), fue el pretexto para que luego se la identificara con “los rojos”; después de la guerra, no se atrevía a publicar bajo su verdadero nombre, y firmaba “Concha de Salamanca” (1942-1946) en homenaje a Unamuno, a quien se parecía más estética y filosóficamente que a los del 27.

Después de la guerra, los padres de Concha regresaron a Chile, pero ella permaneció en Madrid. Trabajó de costurera, mecanógrafa, y maestra en un colegio particular; y comenzó a escribir libros de historia para adolescentes, y compiló volúmenes pedagógicos para editoriales escolares (en los cuales no figura como au-

tora), mientras intentaba terminar su propia educación. Siguió sus estudios de forma independiente, completando su licenciatura en Filología Moderna mediante exámenes en la Universidad de Madrid (1947).

Cinco poemarios escritos durante la guerra siguieron inéditos, aunque ciertas composiciones fueron incorporadas a colecciones posteriores. Concha Zardoya no volvió a publicar nada bajo su nombre hasta 1946: su primer libro posbélico, *Pájaros del Nuevo Mundo*, puede considerarse, hasta cierto punto, alegórico: nos encontramos ante una visión terrorífica, dantesca, de la guerra, en la cual los pájaros representan a los caídos. Nuevamente expresa su dolor personal fundido con la pena colectiva en *Dominio del llanto* (1947), en cuyas páginas se describen paisajes sembrados de niños muertos y cadáveres desenterrados. Esta visión surrealista de los horrores de la guerra es asombrosamente parecida a la que nos da Carmen Conde en muchos de sus poemas de semejante temática. Zardoya retrata el sufrimiento de los vencidos, sin jamás nombrar a España (aspecto no encontrado en ninguna de las otras poetas exiliadas, a excepción de Conde). Sometiéndolo *Dominio del llanto* al Premio Adonais (el más importante de los premios poéticos en España durante la segunda mitad del Siglo XX). Recibió un accésit (quedó finalista), lo que equivalía a reconocer su talento poético, pese a su marginación. En 1948, casi una década después de la guerra, tuvo que aceptar la cruel realidad: a pesar de haber habido naturalizado ciudadana española, a pesar de haber obtenido un título universitario, no había conseguido ningún trabajo digno ni con futuro: sus “antecedentes políticos inadecua-

dos” le habían cerrado las puertas hacia todo avance en España. No tuvo más remedio que autoexiliarse.

Fue primero a la Universidad de Illinois, donde completó, en 1951, su doctorado en Literatura española. Enseñó en la Universidad de Tulane, hasta 1963 —unos diez años en Louisiana, recordados en *Hondo Sur* (1968). Volvió brevemente a España en 1953 a realizar investigaciones para un importante estudio crítico, *Miguel Hernández (1910-1942)*, publicado en 1955, año en que también escribió *Desterrado ensueño*, interrumpido por la muerte de su padre. Dedicó el poemario a todos los refugiados españoles, pero lo que llenan sus páginas son sueños de la amada y recordada tierra española. *Corral de vivos y muertos* (1965) figura entre los poemarios más emotivos de Zardoya. “Corral” es una voz empleada por Unamuno en un poema suyo sobre un cementerio civil (“pobre corral de muertos / donde la hoz no siega”, escribió). En un poema inolvidable, la poeta se sienta sobre el sepulcro de su hermano y se comunica con él, ya algo más serena —pues habían pasado más de veinticinco años— pero siempre doliente. Con el mismo ánimo, visita paisajes queridos: ríos, campos, pueblos, que se asemejan mucho a paisajes de Antonio Machado y de Unamuno.

En su poesía posterior se incluyen algunos poemas más optimistas, en los que se canta la belleza natural de la fauna y la flora, alternados con poemas de tono elegíaco o recordatorio, evocaciones de personas y lugares queridos entre poemas de protesta.

Muchos libros de Zardoya giran en torno a un tema específico, con frecuencia asociado con el mundo del arte, monumentos o artistas concretos. *Mirar al cielo es tu condena* (1957) lleva el subtítulo aclaratorio de “Sonetos a Miguel Ángel”, y refleja el amor profundo de Zardoya por el mundo del arte, pues para ella, el arte constituye una forma de salvación. El arte aparece en *Poemas a Joan Miró* (1984), mientras que Goya aparece en por lo menos tres poemarios diferentes. *Los perplejos hallazgos* (1986) también se dedica al arte, a obras maestras de escultura y pintura de famosos contemporáneos suyos

El poemario *Casa deshabitada* (1959), al igual que *Desterrado ensueño*, gira en torno al tema del exilio. *Casa deshabitada* presenta la vida escindida de la poeta, con su cuerpo (“deshabitado”) en América y su alma en España.

Siguió enseñando en Estados Unidos, publicando crítica literaria como parte de su trabajo académico. Enseñó durante años en Boston, época recordada en *Los engaños de Tremont* (1971). Decidió, después de la muerte de Franco, jubilarse para volver a vivir en España. En 1977, casi treinta años después de su partida, se radicó en Madrid. Reacciona al regreso con ambivalencia, expresada en *Retorno a Magerit* —según una nota, el nombre primitivo de Madrid (1983). Además de sus años de hacer compilaciones y trabajos de traductora en el exilio como hiciera Champourcin, Zardoya escribió numerosísimas obras críticas,<sup>15</sup> y llegó a ser conocida por ellas incluso antes —y con mayor fama— que por su obra poética. Se forjó una carrera en el ex-

tranjero mientras seguía siendo desconocida en su tierra; hasta su regreso a Madrid, no había tenido ocasión de darse a conocer en España. En sus últimos años pudo incorporarse de nuevo a la vida cultural, pero sin que recibiera el reconocimiento merecido. Además de unos diez volúmenes de estudios y ensayos críticos, dejó casi cuarenta libros de poesía, lo cual la convierte con mucho en la más importante poeta del exilio —y la que más se ha dedicado al exilio como tal. No deja de ser irónico que esta inmigrante, nacida en Chile y maltratada en España hasta el punto de verse obligada a emigrar a Estados Unidos, haya expresado un mayor y más profundo amor a la patria de sus padres que ninguna de las otras escritoras estudiadas. La crítica española —y sobre todo, la que investiga el exilio femenino— tiene una cuenta pendiente con Concha Zardoya.

**Teresa Pàmies i Bertran** (1919) nació en Balaguer, pueblo montañoso de la provincia catalana de Lérida. Su padre, Tomás Pàmies Pla, revolucionario romántico y autodidacta, fue el organizador y dirigente marxista de la comarca, y Teresa comenzó desde muy niña ayudando a su padre, quien la puso a sus dos añitos a vender la revista *La Batalla*, del bloque obrero. Fue su madre, Rosa Bertran (que había heredado la casa y un poco de tierra) quien mantenía a la familia, lo que permitió al marido dedicarse a la política, lo que lo llevó a la cárcel repetidamente. Teresa, de niña, le llevaba la comida a la cárcel, y Rosa, su madre, trabajaba de lavandera pública, para ganar dinero adicional con que pagar las multas y los gastos de encarcelamiento de Tomás —todo esto pese a que fuera notorio mujeriego y apenas paraba en casa. Sin embargo, Tomás se

consideraba feminista, puesto que la ideología socialista radical que promulgaba era conseguir el sufragio femenino (no para liberar a las mujeres, sino para que votaran a favor de los socialistas). Este hombre carismático e inconscientemente embustero fue la influencia más duradera en la vida de su hija. Rosa logró educar al hijo mayor en Barcelona, mientras Teresa dejó la escuela a los once años para comenzar a trabajar en una fábrica, y a los doce se hizo aprendiz de costurera. Se dio a conocer muy joven en organizaciones feministas y de izquierda: antes de los quince años ya militaba en las Juventudes Socialistas. En *Dona de pres* (1975; *Mujer de preso*, 1975), escrita en el exilio, una de sus primeras novelas publicadas después de su regreso a España, refleja todas estas experiencias juveniles.

Pàmies comenzó a escribir cuando todavía era adolescente; hacía de corresponsal para la prensa revolucionaria soviética y escribía crónicas de guerra para la JSUC (Juventud Socialista Unificada Catalana). Comenzó su actividad política bajo la República (1931-36), dando conferencias, improvisando arengas en los refugios antiaéreos, trabajando en información y propaganda. Visitó frentes de batalla, y viajó a otros países (incluso a Estados Unidos) intentando recaudar fondos para ayudar al Gobierno republicano. No había cumplido los veinte años todavía cuando terminó la guerra. Sus experiencias políticas, bélicas y exílicas le iban a proporcionar ilimitadas fuentes de inspiración. La Guerra Civil separó a la familia: Teresa perdió el contacto con el resto de la familia (ella jamás volvió a ver a su madre y hermanos). Se dirigió a Francia a pie, y en

el país vecino estuvo confinada en un campo de concentración. Más tarde, en París, fue encarcelada por indocumentada, pero finalmente pudo viajar hasta América Latina, primero a la República Dominicana y Cuba, luego a México, donde vivió ocho años. Volvió a Europa en 1947. Estuvo un año en Belgrado, donde trabajó en la radio, y luego se estableció en Praga. Residió doce años en Checoslovaquia trabajando como redactora de emisiones en catalán y castellano. En Praga se casó con Gregorio López Raimundo, secretario general del Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC), quien volvió clandestinamente a España varias veces, siendo su clandestinidad la probable explicación del prolongado silencio de Teresa respecto a su matrimonio. Pàmies tuvo cinco hijos, una niña que murió muy joven y cuatro varones (tampoco está claro si López Raimundo fue el padre de todos). Cuando ella volvió a Cataluña en 1971, López Raimundo había vuelto clandestinamente ya bajo un nombre falso; fue detenido, encarcelado, torturado (1951) y expulsado del país (1954), al que volvió a entrar clandestinamente otras veces. Es posible identificar *Amor clandestí* (1976, Amor clandestino) como memoria de esta etapa de su matrimonio, y no novela, como inicialmente fue recibida. Pàmies refleja los últimos años de su matrimonio en *L'aventura d'envellir* (2002; La aventura de envejecer, Barcelona: Empúries), y con ésta y *Convivire amb la mort* (2003; Convivir con la muerte). Después de la muerte del marido en 2007, le dedica un libro homenaje, *Informe al difunt* (2008; Informe sobre el difunto).

Tomás siguió en Francia hasta 1953, pero su mal estado de salud le decidió a reunirse con Teresa en Praga. Quiso volver a Cataluña, pero fue acusado de complicidad en muertes de falangistas, le negaron el pasaporte. Murió en Praga en 1966. Acaso no sea casualidad que al año siguiente, Teresa terminara *La filla del pres* (1967; La hija del preso), novela de extenso sustrato autobiográfico que recrea los recuerdos de una niña muy parecida a ella que le lleva la comida al padre encarcelado y se entusiasma oyendo sus exaltados discursos políticos. Envío la novela a un concurso (Juegos Florales) celebrado en Marsella (gracias seguramente a que se celebrara fuera de España), y ganó el Premio Presidente Companys para Prosa en Catalán (no constan ni editorial ni lugar de publicación).

Teresa pasó más de treinta años en el exilio, y volvió a Cataluña en 1971. El año 1968 había sido muy intenso para ella, pues vivió la invasión de Praga por los rusos, y sufrió consternación, dolor y rabia al no poder explicarse el ataque a un pueblo socialista por otro. No quiso seguir viviendo en Praga y se fue a Francia.

En 1971, de vuelta a Barcelona, se dedicó a su carrera de novelista con su energía característica, publicando reportajes, diarios, testimonio, y narrativa. Publicó quince libros en la primera década —dieciocho según otra fuente—, la mayoría redactados, sin duda, en el exilio. Su primer libro publicado en España, *Testament a Praga* (1971), escrito en colaboración con su padre, y por ello anterior a la muerte de él (1966), fue un gran éxito de crítica que le mereció el Premio Josep Pla de 1970 y ha tenido numerosas ediciones posterior-

res en catalán y en castellano. Muchos libros suyos –más de cincuenta– salieron en ambas lenguas simultáneamente, o fueron traducidos por ella, que ya había traducido al francés y el checo, durante su exilio. Veamos ahora algunos de sus temas característicos y elementos repetitivos.

Pàmies posee un enorme caudal de experiencia personal, de la cual extrae material literario. Sus temas y argumentos incluyen conflictos laborales, problemas de la clase obrera, la organización de partidos laborales, la represión política (prisiones y conflictos armados), las diferentes ideologías de izquierda (era experta en señalar las diferencias entre ellos), y las batallas entre diferentes grupos ideológicos. Varios libros que tratan estos temas se sitúan durante la dictadura de Primo de Rivera (1923-30). La disidencia entre grupos de izquierda ocupa más espacio en su obra que los conflictos entre ésta y la derecha, o entre ricos y pobres (lo que refleja la ideología de su padre). *Memòria dels morts* (1981; Memoria de los muertos, 1981) reconstruye, en una atmósfera de ensueño surrealista, la vuelta de Pàmies al pueblo de Balaguer y su descubrimiento de la tumba de Rosa, su madre, lo que le permite por primera vez en casi medio siglo experimentar algo de paz. Teresa se entera de que su madre se había ahogado en 1942 bajo circunstancias misteriosas, consideradas por varios como suicidio, venganza, o intriga política. Como la familia estaba en el exilio y el marido acusado de crímenes de guerra, algunos querían enterrar a Rosa en un descampado, pero el hermano de Tomás, recordando la intensa devoción de la muerta, intervino y logró darle entierro cristiano. Es uno de los

libros más personales de Pàmies, de gran impacto emotivo, y exento de la carga ideológica de tantas de sus obras.

La Guerra Civil, tema omnipresente, aparece en *Crònica de la vetlla* (Crónica de la vigilia, 1976), *Records de guerra i d'exili* (Recuerdos de guerra y exilio, 1976), *Romanticismo militante* (1976), y en su biografía idealizada de “La Pasionaria”, *Una española llamada Dolores Ibárruri* (1977). El conflicto fratricida ocupa el centro del escenario en *Quan érem capitans* (Cuando éramos capitanes, 1974), con retratos de muchas figuras históricas conocidas por Pàmies. Junto con el amor a la patria catalana, el exilio es el enfoque principal de *Cròniques de naufrags* (Crónicas de naufragos, 1977) y de *Gent del meu exili* (1975, Gente de mi exilio), que retratan a los exiliados desde otras perspectivas (no la de Pàmies, como muchas veces es el caso). *Cròniques de naufrags* presenta las experiencias de más de cuarenta refugiados que luchan por sobrevivir dignamente. Más personal todavía es *Gent del meu exili*, donde, a través del género epistolar, describe a personas que obviamente había conocido. Entre las obras que presentan el exilio desde una perspectiva autobiográfica se encuentran *Quan érem refugiats* (1975; Cuando éramos refugiados) y *Va ploure tot el dia* (1974; Llovió todo el día) —finalista esta última del Premio Prudenci Bertrana—, donde una catalana vuelve después de treinta años de exilio y pasa un día lluvioso perdida entre memorias suscitadas por la interrogación sufrida a manos de la policía. *Quan érem refugiats*, otro texto autobiográfico, retrata los sufrimientos de mujeres en los campos de concentración y

cárceles de Francia, también vividos por ella, así como el viaje a Hispanoamérica, y la vida en la República Dominicana y Cuba.

La recién reencontrada España, otro núcleo temático, retrata la resistencia clandestina, las dificultades para los vencidos, con los abusos a manos de los victoriosos franquistas. En este apartado, la autora también introduce una vertiente nueva: los libros de viajes, pues Pàmies visita partes de España desconocidas por ella. Exceptuados los libros de viajes, todos los títulos mencionados evocan el pasado, más o menos reciente, pero definitivamente acabado. Con *Cartes al fill recluta* (1984; Cartas a mi hijo el recluta), aparece la reacción traumática de la madre de un recluta al golpe militar abortado de los conservadores que quisieron restablecer el control de la dictadura mediante la ocupación de las Cortes. Dicha novela refleja la reacción de Pàmies y otros exiliados ya repatriados ante la amenaza a la democracia.

Las obras de Pàmies comparten en general cierto carácter de testimonio, con las virtudes y las deficiencias del género. El género testimonial no ha llegado a considerarse hasta muy recientemente como literatura. Se le concede más valor antropológico, histórico y sociológico que artístico o literario, volviendo a la polémica entre poesía pura y poesía comprometida, por sugerir una analogía sacada de la historia literaria. La obra de Pàmies —casi toda comprometida— se resiente a veces de la prisa con la cual se escribió. A veces llega a rozar el melodrama, pero sus narraciones siempre poseen un alto nivel de interés. Pàmies ha seguido es-

cribiendo de forma casi tan prolífica como en su primera década de repatriada, a ritmo de unos diez a quince títulos por década. En 2003 publicó una compilación de sus artículos diarios bajo el título de *Opinió inconformista: vuitanta-set dilluns a l'AVUI* (Opinió inconformista: Ochenta y siete lunes hasta hoy). Consiguió la fama casi en seguida, porque sus crónicas de guerra y exilio llegaron a un público hambriento de datos por mucho tiempo suprimidos, y sus libros se vendieron bien, aunque pocos llegaron al éxito de *Testamento en Praga*. En 2000 recibió la Medalla de Oro del Ayuntamiento de Barcelona; en 2001, el Premio de Honor de las Letras Catalanas y en 2003, fue galardonada con el Premio Trayectoria de la Semana del Libro en Catalán.<sup>16</sup> Es, después de Mercè Rodoreda, la segunda mujer en recibir este galardón. Han comenzado a aparecer estudios críticos, algunos fuera del ámbito catalán, aunque si se compara la parquedad de libros y crítica académica sobre Pàmies con lo que hay sobre Rodoreda, se podrá apreciar el efecto para los estudios de Pàmies de haber sido catalogada en el extremo opuesto de la literatura con mayúscula, caso de Rodoreda.<sup>17</sup>

**Mercè Rodoreda i Gurgui** nació en Barcelona en 1910, coincidiendo aproximadamente con la generación de la Vanguardia y la República, y se dio a conocer en los años 1930. Comenzó como periodista, con contribuciones a *Mirador*, *La Rambla*, *La Publicitat*. Llegó a redactora de la revista femenina barcelonesa *Clarisme*, y fue secretaria de la Institució de les Lletres Catalanes, 1936-39. La historia familiar de Rodoreda es algo extraña: hija única de una familia burguesa, fue

casada por dinero con un tío suyo, hermano rico de su madre (hubo que obtener permiso del Vaticano, en pleno siglo XX). La madre era tan egoísta que sacó a su hijita de la escuela a los nueve años para que la ayudara con las faenas de casa, y así la privó del resto de su educación, deficiencia que afectó la capacidad de la futura escritora para retratar el mundo del comercio, la ciencia, industria o finanzas. Siendo lectora ávida, toda su vida sintió remordimiento de no haber podido estudiar, lo cual acaso explica las numerosas madres egoístas y frías que pueblan su obra. Antes de sus veinte años, Rodoreda se vio casada y con un hijo; para entonces, el matrimonio acordó separarse.

Entre 1932 y 1937 escribió cinco novelas, que posteriormente rechazó, negándose a incluirlas en sus obras completas, exceptuada la quinta, *Aloma*. Randolph Pope<sup>18</sup> ha estudiado toda la ficción de Rodoreda, incluyendo detalles de su exilio. Con la caída de Barcelona, Rodoreda (que había apoyado a la UGT), huyó ante el avance de las tropas franquistas, en unión de miles de refugiados que iban a Francia a pie, dejando a su hijo con su madre en Barcelona (nunca más vivieron como familia). No volvió a publicar otra novela en veintitrés años. Después de unos meses en Toulouse, fue a París, vivió en un *chateau* con un grupo de intelectuales, y se convirtió en amante del escritor catalán, casado, Joan Prat, seudónimo de Armand Obiols. La animosidad de amigos de la esposa legítima les obligó a mudarse varias veces, proceso en el cual Rodoreda conoció a Anna Murià, escritora de su edad, quien llegó a ser amiga íntima y protectora de Rodoreda hasta su salida para la República Dominicana en 1940.

En 1942, con la caída de París en manos de los alemanes, Rodoreda huyó a través de un paisaje apocalíptico, recordado en su novela *Quanta, quanta guerra* (1980). Se refugió primero en Limoges, luego en Bordeaux. Su relación con Obiols era inestable, pues él no quería o no podía terminar la unión con su esposa. Esta relación triangular estaba destinada a terminar en traición y recuerdos amargos —sentimiento reflejado de varias maneras en su obra posterior. Se desahogaba en sus cartas a Anna Murià (publicadas como *Cartes a l'Anna Murià, 1939-1956*, editado por Isabel Segura, 1985). Se lamentaba de su situación desesperada por haber invertido toda su esperanza, amor y energía psíquica en este hombre egoísta, mientras él seguía comunicándose con su esposa y haciendo planes para el futuro juntos (siguió en dicha situación hasta la muerte de Obiols en 1971). En 1948, visitó brevemente Barcelona, pero la ciudad había cambiado tanto que volvió pronto al exilio, estableciéndose en París y luego mudándose a Ginebra en 1954, siempre con Obiols. Comenzó a trabajar de traductora, habiendo comenzado hacia finales de los años cuarenta a escribir cuentos que publicaba en pequeñas revistas de México, pero su salud era precaria y escribía poco. Su madre intentó reconciliar a Rodoreda con el marido, pero ella se negó a volver a un pasado odiado.

En 1957, recibió el Premio Victor Català por su antología *Vint-i-dos contes* (Veintidós cuentos), colección en la que continúa explorando los temas del amor y el matrimonio en tintes oscuros dominados por el pesimismo, sentimientos de derrota y fracaso. Con este premio importante, recomenzó su carrera literaria,

terminando dos de sus más celebradas novelas, *La plaça del Diamant* (1962, La plaza del Diamante) y *El carrer de les Camèlies* (1966, La calle de las camelias), escritas en el exilio, pero que no tratan de ese tema. Ambas son novelas realistas que retrataban el ambiente barcelonés de antes de la guerra. No recibieron premios, pero *La plaça del Diamant*, con el tiempo, fue traducida a doce idiomas y adaptada como película para la Televisión Española. En su siguiente novela, *Jardí vora al mar* (1967, Jardín junto al mar), escrita entre 1959-1966, retoma el tema de la infancia feliz, asociada con el jardín —tema edénico, frecuentemente reiterado—, que contrasta con la infelicidad de la madurez y la vejez dominada por el espectro de la muerte, simbolizada por el mar. Como en tantas obras de Rodoreda, el poder del dinero distorsiona el amor y destruye las vidas. En esta novela también se refleja la vida personal, desgraciada, de la escritora. Los temas del matrimonio desastroso y la infelicidad debida a la insidia del dinero se repiten a través de todos los escritos de Rodoreda, y dada la correspondencia con su experiencia vital, es imposible no ver una base [auto]biográfica en lo que se presentaba supuestamente como ficción.

En su segunda colección de cuentos, *La meva Cristina* (1967, Mi Cristina) abandona la modalidad realista de su colección anterior; aparece lo fantástico y la atmósfera casi gótica que caracteriza mucho de su trabajo posterior. Rodoreda por fin ha encontrado su voz. *La meva Cristina* fue traducida dos veces, en 1982 al castellano y en 1984 al inglés con enorme éxito. En la opinión de David Rosenthal, su traductor al inglés, Rodoreda era “la escritora mediterránea más impor-

tante desde Safo”. El cuento que da nombre a la colección, “Mi Cristina”, es ejemplo fehaciente de la nueva modalidad no-realista —incluso surrealista— de Rodoreda: narrada desde la perspectiva masculina, presenta la historia de un naufrago que hacía muchos años había sido salvado de ahogarse en el mar gracias a una ballena que le ofreció refugio en su interior. Cristina— nombre que el naufrago dio a la ballena—le provee de todo lo necesario para seguir viviendo, aunque obviamente no puede darle lo que quiere, sino sólo lo que normalmente podría tener una ballena. Y él le guarda resentimiento y la maltrata, haciendo lo posible por hierirla o incluso matarla, hasta que, enferma y doliente, ella le lleva a una playa donde lo deposita suavemente en la arena. Se sugiere que la ballena muere, aunque su desagradecido huésped sólo piensa en la incomodidad del lugar donde ha sido depositado. Se percata de que los años vividos en el interior de la ballena le han dejado cubierto con una costra, que le recuerda el proceso de la formación de la perla dentro de la ostra. Lentamente va entendiendo que ya no se siente bien en el mundo, y comienza a arrepentirse de su crueldad con Cristina. No es difícil considerar este cuento como un reflejo del exilio personal de Rodoreda (no del exilio en general); se puede leer como una alegoría: ella es Cristina y el huésped desagradecido y cruel es el amante que ella sigue manteniendo a través de un tiempo irreal e interminable.

Otro cuento surrealista de *Mi Cristina*, “La salamandra”, gira en torno al egoísmo del hombre y la victimización de la mujer que ama. De nuevo, puede verse como alegoría del sufrimiento personal de Rodoreda

debido a su amor por el amante casado, indisolublemente ligado al exilio de ambos. Se sitúa en un pueblo de atmósfera medieval, carcomido por la superstición, la miseria, el atraso y el miedo. Una doncella que cruzaba el bosque para ir al mercado fue atacada y violada por un hombre casado; las violaciones se sucedieron varias veces, hasta que ella empezó a sentir afecto por su agresor. Un día, la mujer del violador les sorprendió, y denunció a la joven como bruja. La joven fue condenada a la hoguera. Y ya las llamas habían comenzado a devorarla, cuando la joven se metamorfoseó en una salamandra, a duras penas salió de la hoguera y se zambulló en un estanque. Se apagaron las llamas, pero entonces numerosas anguilas la rodearon con intención de comérsela, pero la mujer-salamandra logró escapar, y, arrastrándose, reptó hacia el pueblo, buscando la casa del amante, donde entró y se escondió bajo el lecho conyugal. En la inolvidable escena final, la salamandra se esfuerza para acercarse al amado; sale la luna, sus rayos atraviesan una ventana dividida en cuatro partes por maderos, y se proyecta una sombra en forma de cruz sobre la pobre salamandra.

La tercera colección *Semblava de seda* (1978, Parecía de seda), reúne cuentos escritos a lo largo de cuatro décadas, con algunos otros que habían aparecido con anterioridad. Esta colección contiene cuentos que reflejan muchas de las experiencias exílicas de Rodoreda, aunque no se den nunca indicaciones temporales o espaciales precisas. Son narraciones de atmósfera asfixiante, que describen la huida desesperada de refugiados, a veces solos, en pareja o en grupos más grandes, por caminos expuestos a ataques aéreos. Hay

además combates de artillería, donde los personajes no pueden adivinar quién es el enemigo. Los heridos y cadáveres abundan casi tanto como los que huyen. En algunos cuentos, hay escenas más pacíficas, casi pastoriles, donde algún refugiado se adentra en el campo, y encuentra a un granjero que le ofrece comida a cambio de trabajo, pero luego lo convierte en esclavo. En otro, la protagonista es femenina, y el granjero que le ofrece comida revela paulatinamente que tendrá que pagar su “generosidad” con la entrega de su cuerpo. Rodoreda combina hábilmente lo surrealista o pesadillesco con lo realista, y el lector experimenta algo de lo que tenían que haber sentido los refugiados en su desquiciada desesperación.

Su novela más ambiciosa, *Mirall trencat* (1974; Espejo roto, 1978), densa crónica de tres generaciones de una dinastía familiar matriarcal en las afueras de Barcelona, cubre aproximadamente desde los albores de la Revolución Industrial en Cataluña hacia finales del siglo XIX hasta unos años después de la Guerra Civil, cuando algunos sobrevivientes de la familia regresan del exilio francés (lo cual ni se presenta ni se discute). Esta novela reitera ciertas constantes de la novelística de Rodoreda, en particular su representación negativa de la figura de la madre, especialmente visible por repetirse en tres generaciones. Cada una de las tres madres arruina o sacrifica a su hijo o hija (a veces a más de uno) a su propio egoísmo; otras constantes son los matrimonios desavenidos entre hombres débiles, infieles y corrompidos, y mujeres de voluntad férrea, y los hijos infelices, destructores (hay incesto, asesinato, suicidio). Cuando los sobrevivientes regresan del exi-

lio, la familia como tal ha dejado de existir, y la última vez que se ven (convertidos algunos ya fantasmas) es cuando se reúnen para concertar la venta de la mansión familiar a una empresa constructora que proyecta edificar un nuevo barrio residencial.

La otra novela que retrata la guerra y algo que acaso represente de forma metafórica el exilio es la ya citada *Quanta, quanta guerra* (1980; *Cuanta, cuanta guerra*, 1982). Rodoreda combina una variante de *Bildungsroman* con la forma picaresca y el motivo alegórico. A comienzos de la Guerra Civil, un par de adolescentes dejan sus casas para “ir a la guerra”, pero son demasiado jóvenes para el ejército y terminan trabajando en la cocina de un cuartel. Aburridos, se escapan, y, ocultos, son testigos del horror de la guerra: bombardeos, cuerpos destrozados, casas incendiadas. Ya solo, el protagonista, convertido en adulto, emprende la vuelta a “su tierra”. Pero se siente perdido, desnortado. Esta peregrinación, de tipo incierto y duración indefinida, llena de peligrosas aventuras, recuerda a la *Odisea*, aunque a diferencia del poema homérico, el protagonista no llega nunca a su destino. Al final, descansa, pero piensa seguir luego buscando “su tierra”. En la novela no se emplea jamás el vocablo “exilio” lo que, por otra parte, es innecesario: geográfica, psicológica y metafísicamente, el exiliado seguirá siéndolo siempre.

Recapitulemos. Las escritoras de las que acabamos de hablar representan cuatro géneros literarios (narrativa, teatro, poesía y ensayo) y sus exilios tuvieron lugar en un mínimo de doce países, entre Argentina,

Brasil, Checoslovaquia, Cuba, República Dominicana, Estados Unidos, Francia, Italia, México, Puerto Rico, Suiza, Yugoslavia y acaso algún otro, lo cual basta para sugerir las dificultades para quien intente generalizar sobre la literatura del exilio femenino. Representan la gama completa de la estructura social española de su tiempo: la clase alta (Champourcin, León), la burguesía catalana (Rodoreda), la clase media universitaria e intelectual (Lejárraga, Chacel, Zambrano y Méndez), y la clase obrera (Zardoya y Pàmies). Al buscarles elementos comunes —aparte de lo obvio: género y exilio, salta a la vista su liberalismo, su apoyo a la República, incluso su socialismo, aunque con gradaciones y variantes (Pàmies indudablemente podría discurrir largamente sobre las diferencias entre las formas de socialismo, y León también era mucho más militante que las otras). Otro aspecto compartido entre varias escritoras castellanas es que no todas llegaron a ser madre (a excepción de Méndez y León); para las catalanas no figuraba la maternidad como elemento primordial en su vida ni en su obra, lo cual contrasta con el paradigma nacional español de su tiempo. La religiosidad tampoco es un factor común: sólo es importante en la poesía de Champourcin y en los ensayos más metafísicos de Zambrano. Todas estas escritoras vivieron una época de tendencias vanguardistas, que influyó profundamente en la estética de Chacel y Champourcin, con efectos menos duraderos en el caso de León y Méndez. Afectó menos a Lejárraga (pese a la clasificación de la obra de “los Martínez Sierra” con el teatro “Modernista”); y (con la diferencia de promoción) tampoco aparecen rasgos modernistas en Zardoya con sólo raros momentos líricos de parte de Zambrano. En

cuanto a las catalanas, es de suponer que se encuentran algunos rasgos modernistas o vanguardistas en las primeras obras de Rodoreda, posteriormente rechazadas por ella. En el caso de Pàmies —aunque tiene pocas preocupaciones estéticas— su modalidad predominante se acerca más al realismo marxista. Así que no se puede hablar ni pensar de estética común entre las escritoras exiliadas como grupo. Tampoco hay denominador común en lo que escriben: sus temas y preocupaciones en el exilio no confluyen, y en varios casos, no cambian respecto a su obra anterior. Zambrano y Chacel continúan escribiendo esencialmente lo mismo, tratando los mismos temas con parecida estética como en su vida como totalidad. No hay ejemplos de lo escrito por Pàmies antes de la guerra pero se sabe que consistían en discursos políticos y propaganda, y la preocupación política tampoco está ausente casi nunca de lo que ella escribió en el exilio. Champourcin evoluciona, dentro de parámetros y temas presentes en su obra anterior, aunque el aspecto “divino” cobra mayor importancia. Se aprecian mayores cambios en Lejárraga, León y Zardoya entre lo escrito antes de la guerra y en el exilio. Lejárraga, fuera de España, abandona el teatro por completo, concentrándose mayormente en sus ensayos feministas, si bien había comenzado su activismo político en los años de la República. León, en su época de felicidad materna en Argentina, diluye la fuerza propagandística de sus escritos socialistas. Zardoya, la más joven del grupo, apenas escribió antes de la guerra, y —debido a la censura de postguerra— poquísimo antes de su exilio. Sus escritos de exiliada reflejan en gran medida el transcurso de su vida; sin llegar a ser una autobiografía poética, sus poemarios

retratan las etapas vitales, los lugares donde vivió, sus vicisitudes de exiliada y repatriada.

Únicamente Lejárraga y Méndez murieron en el exilio; las demás regresaron a España, y en la repatriación sufrieron el desengaño y la amargura (Champourcin), y en grado algo menor, Zardoya. De León, dada su enfermedad, no se puede afirmar nada valedero respecto a su actitud después de su repatriación. Zambraño y Chacel, que no escribieron sobre el exilio, tampoco escribieron o dijeron casi nada respecto al regreso, pero importa recordar que ambas tuvieron la buena suerte de una repatriación triunfal, con importantes premios, abundantes tributos y reconocimiento nacional, lo cual hace que su “desexilio” sea distinto del de las otras. Rodoreda pudo regresar con una repatriación más placentera al nivel “profesional” (literario) que su exilio, aunque la muerte del amante (que fue lo que le permitió regresar) y la ruptura —al parecer permanente— con su hijo ensombrecieron sus últimos años. Ella, como Chacel, sufrió sin duda la pérdida reciente del amor de su vida (situación compartida por Lejárraga y Champourcin). La que más éxitos cosechó en la repatriación fue Pàmies, pues casi todos sus triunfos literarios pertenecen al regreso, y tampoco tuvo que regresar sola. La soledad y la vejez —y su conciencia de ellas— aparecen al final del peregrinaje de todas. Pero ese dolor ya no se puede achacar al exilio.

## NOTAS

1. Véase Josebe Martínez, *Exiliadas. Escritoras, Guerra Civil y memoria*. (Sin lugar de edición: “Impergraf”, 2007). Las escritoras incluidas son Margarita Nelken, con unos 25 títulos, mayormente ensayos de tipo político, sociológico, o cultural (la autora ha publicado un libro anterior sobre Nelken en 1997); Isabel Oyarzabal de Palencia, con una docena de títulos, de tipo periodístico o testimonial; un capítulo breve titulado “Testimonios de la guerra y exilio”; y otro más breve todavía, titulado “El sexo débil: Luisa Carnés”. Esta última, identificada como “escritora muy conocida antes de la guerra”, publicó una novela titulada *Mujeres obreras* (1938), entre un total de siete libros, mayormente reportajes. El denominador común entre estas escritoras no es la calidad literaria sino su actividad como dirigentes comunistas o socialistas.

Otro ejemplo es Gutmaro Gómez Bravo, *El exilio interior. Cárcel y represión en la España franquista 1939-1950* (Madrid: Santillana Ediciones 2009). Parte de la serie “Taurus Historia”, y trabajo de un profesor de historia en la Universidad Complutense, es un estudio del sistema penitenciario, del castigo y prácticas oficiales relacionadas—e.g., el “Servicio de Represión de la Homosexualidad”, o el escándalo de que muchos presos por “vagos o maleantes” (ofensas que incluían el ser borrachos o malhablados) murieran de desnutrición en diferentes cárceles e incluso en los calabozos de la Dirección General de Seguridad. Hay un capítulo corto sobre las cárceles de mujeres, donde la comida era tan escasa que no podían vivir sin recibir víveres de sus familiares, y eran frecuentes los castigos que consistían en no darles de comer y prohibir ayuda de las familias. Oficialmente, a partir del final de la guerra, en España “no había presas políticas, sólo ladronas, infanticidas y prostitutas” (157); oficialmente, explicaban el aumento de presas alegando que “La naturaleza de la mujer... había propiciado el

incremento de su participación en el crimen, que en tiempos de la revolución había alcanzado su máxima expresión de libertinaje y delitos de sangre, pero que ya en la paz se había reconducido hacia el engaño y delitos contra la propiedad. Esta fue la versión dominante en el discurso legal sobre la mujer delincuente durante toda la década de 1940” (157).

2. Paul Ilie, *Literature and Inner Exile* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1981). Este hispanista norteamericano, padre del concepto de “exilio interior”, extiende el concepto tradicional para abarcar más que los refugiados y/o expulsados e incluir algunos expatriados, a juzgar por su ejemplo principal, Juan Goytisolo, con su expatriación intermitente a París y visitas a España ad libitum. Ilie convierte el concepto originalmente claro en algo psicológico —para mí, esencialmente metafórico. No intenta abolir el concepto original del exilio (extra-territorial), que retiene, pero añade el concepto de una condición o conciencia supuestamente “exílica” para representar la sensación de marginalización de los inconformes o enajenados que viven dentro del territorio nacional.

3. Por razones de espacio (o tiempo), en este trabajo no se estudian los escritos de Carmen Conde como representantes de “exilio interior”. A quien más se parece como poeta es a Zardoya. Para un resumen conciso de la vida y obra de Conde, ver “Conde, Carmen, 1907-1996” en vol. 1, *The Feminist Encyclopedia of Spanish Literature* eds. Janet Pérez y Maureen Ihrie (Westport, CT and London: Greenwood Press, 2002), 141-45. Véase también Janet Pérez, *Modern and Contemporary Spanish Women Poets* (New York: Twayne Publishers/London: Prentice Hall International, 1996, “Carmen Conde”, 72-88). Un excelente estudio de tipo feminista aparece en *Women Poets of Spain, 1860-1990. Toward a Gynocentric Vision* de John C. Wilcox (Urbana and Chicago: U of Illinois Press, 1997), 137-52.

En cierto sentido, se podría considerar la “rehabilitación” o “recuperación” de Conde después de la muerte de Franco, cuando fue elegida miembro numerario de la Real Academia Española, como el equivalente de un regreso del exilio —una “repatriación” metafórica después de un “exilio” metafórico, aunque fuera tan dura como cualquier exilio exterior.

4. Véase su estudio, *Gregorio and María Martínez Sierra* (New York: Twayne, 1977), especialmente 59-67, con extractos de las cartas de Gregorio a María, que establecen más allá de cualquier duda posible la autoría activa de María, aun después de que el marido la había abandonado hacia 1910 para vivir con Catalina Bárcena. Además de otro estudio posterior y más contundente que el de O'Connor, véase el de Antonina Rodrigo, *María Lejárraga: Una mujer en la sombra* (Madrid/México/Buenos Aires: Algaba Ediciones, 2005; 2008), extensa y detallada biografía literaria que documenta la colaboración de Lejárraga con compositores como Manuel de Falla, Joaquín Turina, y otros menos célebres.

5. Una nota en el libro de Antonina Rodrigo mencionado arriba informa (citando una carta de María) que “la primera bomba que cayó sobre Madrid destruyó nuestro depósito de libros y destrozó más de 35,000 ejemplares [...]. La casa que Gregorio tenía en el Parque Metropolitano está completamente deshecha por las bombas, y la del barrio de Tetuán, donde estaba además el depósito de todo el material de teatro” (309). María era suficientemente ecuánime para reflejar que “esas *dificultades individuales* poco importaban ante la inconmensurable tragedia de España” (309).

6. Para los lectores que conozcan bien la obra y peripécia vital de Chacel, es posible rastrear en su poesía ([*Poesía*

1931-1991], Barcelona: Tusquets, 1992) los ecos velados de la guerra y el éxodo en sus poemas contribuidos a *Hora de España*, que incluyen tributos a literatos contemporáneos: Rafael Alberti, María Teresa León, Luis Cernuda, Pablo Neruda, María Zambrano, Arturo Serrano Plaja, Manuel Altolaguirre. Varios sonetos que versaban sobre comida (reflejo de la escasez de comestibles en la Madrid asediada), fueron escritos con intención de ayudar al gobierno, ya en el exilio valenciano. Otros sonetos, llenos de imágenes militares, evocaban indirectamente la defensa de Madrid. Chacel publicó poemas ocasionales en periódicos argentinos (*Sur*, *La Nación*, *Realidad*). Estos poemas reflejaban sus viajes, con meditaciones inspiradas por sus visitas a Egipto y otros lugares exóticos. Para más información sobre Chacel, veáanse “Chacel, Rosa (1898-1994)”, *The Feminist Emcyclopedia* (nota 3 arriba), por Eunice D. Myers, 129-31, que incluye bibliografía, como también Janet Pérez, *Contemporary Women Writers of Spain* (New York: Twayne Publishers/G.K. Hall, 1988), 61-68.

7. Aparecieron varios libros conmemorativos con motivo del cincuentenario del estallido de la Guerra Civil: *Rewriting the Good Fight: Critical Essays on the Literature of the Spanish Civil War* (eds. Frieda S. Brown et al) con 16 ensayos; el número monográfico de *Diálogos hispánicos de Amsterdam* 9 (1990), “Medio siglo de cultura, 1939-1989”, con 19 ensayos; *German and International Perspectives on the Spanish Civil War: The Aesthetics of Partisanship*, eds. Luis Costa et al (Columbia, SC: Camden House, 1992), 32 ensayos; y *The Spanish Civil War in Literature*, eds. Janet Pérez y Wendell Aycock (Lubbock, TX: Texas Tech UP, 1990; 2 ed., 2006), 13 ensayos. Los primeros dos ni siquiera aluden a la existencia de mujeres; en el tercero, un ensayo mío, “Spanish Women Writers and the Civil War” (346-353) se dedica a ciertas novelistas de la guerra; y en el cuarto, otro estudio mío, “Behind the Lines: The Spanish Civil War

and Women Writers” (161-174) ahonda en los temas de la guerra y el exilio en las novelistas. Se trata de un total de ochenta ensayos, de los cuales sólo dos tratan a escritoras en relación con la Guerra Civil y el resultante exilio, aunque el enfoque primario es la guerra, mientras que el exilio figura sólo como una especie de postdata. Aun cuando se escribe sobre la literatura de los exiliados de 1939 en lo que inicialmente parece un sentido general, el enfoque y contenido resultan mucho más restringidos de lo que parece prometer el título. El estudio de Marielena Zelaya Kolker, *Testimonios americanos de los escritores españoles transterrados de 1939* (Madrid: 1985), por ejemplo, se enfoca en una treintena de exiliados, pero se limita a aquellos en cuya obra aparece el país de asilo. Zelaya Kolker menciona cerca de una docena de poetas, pero sólo a una mujer, María Teresa de León, en su faceta de narradora del exilio.

8. Dada la inexistencia de escritos de Zambrano sobre temas exílicos, se ofrece una pequeña bibliografía selecta de crítica sobre su obra filosófica. El lector curioso también debe consultar *Anthropos* 70-71 (1987), dedicado por entero a Zambrano, y también el Suplemento 2 (marzo-abril 1987) de la misma revista. Para estudios más recientes, véanse: Darcy Donahue, “National History as Autobiography: M.Z.’s *Delirio y destino*”, *Revista monográfica* 9 (1993): 116-24; J. Moreno Sanz, *La razón en la sombra: Antología del pensamiento de M.Z.* (1993); S. Summerhill, “Toward the Postmodern Sublime: The Late Essays of M.Z.” en D.V. Galvan et al, eds., *Studies in Honor of Donald W. Bleznick* (1995): 185-202; Roberta Johnson, “M.Z.’s Theory of Knowledge and Contingency”, *Hispania* 79 (1996): 215-21; Janet Pérez, “Razón Vital y Razón Poética: La solución meta-racional de M.Z.”, *Letras Femeninas* 23, 1-2 (1997, 9-25; J.P., “María Zambrano” (915-18), *Encyclopedia of the Essay*, ed. Tracy Chevalier (London: Fitzroy Dearborn Publishers, 1997); J.P., “Reason and Metaphysics: Context and

Unity in the Thought of Maria Zambrano”. Véase además *Spanish Women Writers and the Essay. Gender, Politics and the Self*, eds. Kathleen Glenn and Mercedes Mazquiarán de Rodríguez (Columbia, MO and London: U of Missouri P, 1998. 144-171; Janet Pérez, María Zambrano” (570-571) in *Encyclopedia of World Literature in the Twentieth Century*, ed. Steven Serafin. New York: Continuum Publishing Group, 1999; J.P. “María Zambrano” (570-571) *Encyclopedia of World Literature in the Twentieth Century*, ed. Steven Serafin. New York: Continuum Publishing Group, 1999; J.P., “*La razón de la sinrazón: Unamuno, Machado and Ortega in the Thought of María Zambrano*”, *Hispania* 82.1 (1999): 56-67.

9. María Zambrano, *Dos entregas autobiográficas (El nacimiento)*, Entregas de la Ventura, 1981, 67, citado en *Anthropos* 70-71, 6.

10. En 2005, centenario del nacimiento de Champourcin, aparecieron varios trabajos nuevos de reevaluación, siendo especialmente importantes los de Joy Landeira, *Ernestina de Champourcin. Vida y literatura* (El Ferrol: Sociedad de Cultura Valle Inclán, 2005), y el ensayo de Mónica Jato. Estudios anteriores incluyen el libro de José Angel Asunce, *Ernestina de Champourcin: Poesía a través del tiempo* (Barcelona: Anthropos 1991); la introducción de Luzmaría Jiménez Faro a su antología de Champourcin para la Editorial Torreozas; los artículos de Arturo del Villar, “Ernestina de Champourcin”, *La Estafeta Literaria* 556 (15 de enero de 1975); “La ida con la palabra de Ernestina de Champourcin” *Alaluz* 2 (otoño de 1986, 5-9); y Andrew Debicki, “Una dimensión olvidada de la poesía española de los ’20 y ’30: La lírica visionaria de Ernestina de Champourcin”, *Ojáncano* 1.1 (1981): 48-60. Se recomienda también el estudio de Dru Dougherty en *Hispania*. 92.4 (diciembre de

2009): “Ernestina de Champourcin: Una poética del zigzag”.

11. Los perspicaces comentarios de Glenn Morocco aparecen en “Champourcin, Ernestina de (1905-1999)”, en *The Feminist Encyclopedia of Spanish Literature*, I, eds. Janet Pérez y Maureen Ihrie (Westport, CT y London: Greenwood Press, 2002), 131-135.

12. Entre la poca crítica existente sobre Méndez, merece destacarse Catherine Bellver, “Exile and the Female Experience in the Poetry of Concha Méndez”, *Anales de la literatura española contemporánea*, 18.1-2 (1973): 17-42; Margery Resnick, “La inteligencia audaz: Vida y poesía de Concha Méndez”, *Papeles de Son Armadans* 88.263 (1978): 131-46; Mirta Camandone, *Escritura sin fronteras: Poesía española desde 1936* [primera parte, 1936-1944] (New York: Lang, 1992), que menciona a Méndez de paso (61). La mejor fuente, con mucho, es la edición de su nieta, Paloma Ulacia Altolaquirre, de *Concha Méndez: Memorias habladas, memorias armadas* (Madrid: Mondadori, 1990). Ulacia Altolaquirre recogió las memorias dictadas por Méndez, las ordenó y publicó.

13. Para estudios sobre María Teresa de León, véanse *Letras Peninsulares* 17.1 (Spring 2004), que comienza con una sección especial de diez artículos sobre León, “Besar las sombras”, 9-117; Juan Carlos Estébanez Gil, *María Teresa León. Estudio de su obra literaria* (Burgos: Editorial “La Olmeda”, 1995); Janet Pérez, *Contemporary Women Writers of Spain* (Boston: G. K. Hall, 1988, 45-49); Antonina Rodrigo, *Mujeres de España: Las silenciadas* (Barcelona: Círculo de Lectores, 1989); Gregorio Torres Nebrija, *Los espacios de la memoria: La obra literaria de María Teresa León* (Madrid: Ediciones de la Torre, 1996); “María Teresa León”, por Glenn Morocco, *The Feminist Encyclopedia of*

*Spanish Literature*, I, eds. Janet Pérez y Maureen Ihrie (Westport, CT y Londres: Greenwood Press, 2002, 344-47); Michael Ugarte, "Women and Exile: The Civil War Autobiographies of Constanca de la Mora and María Teresa León," *Letras Peninsulares 1988-1998*, Tenth Anniversary Issue (Spring 1998): 207-222.

14. Mercedes Rodríguez Pequeño (*La poesía de Concha Zardoya* [Valladolid: Universidad, 1987]) incluye estas obras inéditas de la época de guerra: *Violencia del duelo* (1937-1938), *Memorial de la guerra*, *Agreste voz*, *Sólo el amor*, *Loas y elegías a una rosa*. Indica que Zardoya consideró estos libros inmaduros y renunció a publicarlos.

15. Rodríguez Pequeño ofrece una lista de diez volúmenes de estudios literarios y 26 libros de poesía publicados antes de 1987. Pero Zardoya vivió hasta 2004, lúcida y relativamente activa, produciendo casi hasta su muerte. Los títulos de sus poemarios son: *Pájaros del nuevo mundo* (1946), *Dominio del llanto* (1947), *La hermosura sencilla* (1953), *Los signos* (1954), *El desterrado ensueño* (1955), *Mirar al cielo es tu condena* (1957), *La casa deshabitada* (1959), *Debajo de la luz* (1959), *Elegías* (1961), *Corral de vivos y muertos* (1965), *Donde el tiempo resbala* (1966), *Hondo Sur* (1968), *Los engaños de Tremont* (1971), *Las hiedras del tiempo* (1972), *El corazón y la sombra* (1977), *Diotima y sus edades* (1981), *Los ríos caudales* (1982), *Manhattan y sus latitudes* (1983), *Retorno a Magerit* (1983), *Poemas a Joan Miró* (1984), *Ritos, cifras y evasiones* (1985), *No llega a ser ceniza lo que arde* (1985), *Formas de esperanza* (1985), *Los perplejos hallazgos* (1986), *Altamor* (1986), *Gradiva y un extraño héroe* (1987), *La estación del silencio: Elegías* (1989), *Un dios que nos domina* (1992), *Patrimonio de ciegos* (1992), *El don de la simiente* (1993), *Ciudadanos del Reino* (1996), *Antes que las palabras* (1996), *Selecta* (1999), *Sintonimias del adiós* (2002).

16. Anteriormente, recibió el Premio Josep Pla (1970) por *Testament a Praga* y el Premio de la Crítica Serra d'Or de prosa narrativa (1972) por la misma novela; el Joan Estelrich (1974) por *Quan érem capitans*, y el Creu de Sant Jordi de la Generalitat de Catalunya (1984) en reconocimiento de su obra hasta esa fecha. Después vino el galardón de la Institució de les Lletres Catalanes —de prosa, no de ficción— concedido a *Jardí enfonsat* (1995).

17. Entre la crítica o estudios sobre la obra de Pàmies pueden mencionarse los siguientes: Möller-Soler, María Lourdes, “El impacto de la guerra civil en la vida y obra de tres autoras catalanas: Aurora Bertrana, Teresa Pàmies, y Mercè Rodoreda”. *Lletres Femenines* 12.1-2 (1986): 34-44; Pérez, Genaro J., “Madre, padre y destierro en *Memoria de los muertos* de Teresa Pàmies”, *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos* 14.3 (1990): 579-88; Pérez, Janet, *Contemporary Women Writers of Spain* (Boston: Twayne, 1988): 148-52; Riera Llorca, Viçent, “La cronica novelesca de Teresa Pàmies”, *Serra d'Or* (1977): 325-27; Serviá, Josep Maria, *Catalunya. Tres generacions* (Barcelona: Ediciones Martínez Roca, 1975) 133-51. Conste también este libro que no he podido examinar: Mercè Picornell, *Discursos testimoniales en la literatura catalana recent: Montserrat Roig i Teresa Pàmies* (Barcelona: Abadía de Montserrat, 2002).

18. Randolph Pope, “Mercè Rodoreda’s Subtle Greatness”, *Women Writers in Contemporary Spain: Exiles in the Homeland*, ed. Joan L. Brown, London/Toronto: Associated University Presses (1991): 116-35, observa la repetición en las cinco *novellas* iniciales de Rodoreda de numerosos elementos que se convierten en constantes en su obra: la mujer atrapada en un matrimonio infeliz, aburrida, sintiendo la tentación del adulterio, un hombre deseado pero brutal e insensible.

19. Los cuentos más dramáticos son los que describen la huida desesperada de los vencidos, con sus pocas posesiones a cuestas, perseguidos por los aviones alemanes, etc.

20. Los cuentos comentados como reflejo del exilio se examinaron en *Tots els contes* (edición de Carme Arnau, su crítica más asidua y canónica, Barcelona: Edicions 62, 3<sup>a</sup>. ed. 1984), 269-290.

## JANET PÉREZ Y LAS ESCRITORAS DE LA ESPAÑA PEREGRINA

**Gerardo Piña-Rosales**

*Academia Norteamericana de la Lengua Española*

**E**n la Academia Norteamericana de la Lengua Española han destacado, desde su fundación, hispanistas anglosajones, tanto del campo de la literatura como de la lingüística. Y así, a lo largo de los años, han sido miembros de la ANLE figuras tan preclaras como Lloyd Kasten, Lincoln Canfield, John Nitti, Theodore Beardsley, Robert Galván, y muchos otros. Y hoy, damos la bienvenida a nuestra ANLE a la Dra. Janet Pérez.

En 1986, con mi tesis sobre la literatura del exilio recién defendida (*Narrativa breve del exilio de 1939*), comencé a participar como un desafortunado en congresos y seminarios de aquende y allende el océano. Por tal razón, cuando me enteré que en el Congreso Anual de la Modern Language Association —que aquel año se iba a celebrar en Chicago—, Janet Pérez (hispanista ya por entonces muy conocida y respetada) había convocado una sesión sobre la literatura del exilio, tuve la osadía de escribirle y enviarle una ponencia hecha de recosidos de mi tesis doctoral. No crean que la profesora Pérez aceptó así como así mi ponencia. Con más razón que una santa, me hizo reescribir el articulillo de marras dos o tres veces, hasta que quedó más o menos pasable. “*iTough cookie!*”, me dije para mis adentros. En aquel panel sobre la literatura del exilio se encontraba el su-

mo pontífice de estos estudios: Paul Ilie, autor del polémico libro *Literature and Inner Exile* (*Literatura y exilio interior*), con cuyas ideas jamás comulgué —ni comulgo—, pues, a mi entender, equiparar la experiencia exílica de aquellos españoles del éxodo y del llanto con la situación, por muy penosa que fuera, de aquellos que, por una razón y otra, permanecieron en la España de la dictadura franquista después de la Guerra Civil, me parecía —y me parece— descabellado. Meses después, mi artículo se publicó en la *Revista Monográfica/Monographic Review*, que dirigía, y dirige, el esposo de Janet, el profesor Genaro Pérez (uno de los hispanistas más distinguidos del país).

Hará un par de años, volví a ver a Janet, esta vez en Valladolid, durante un congreso internacional sobre Miguel Delibes. Durante nuestra conversación, al mencionarle mi novela, *Desde esta cámara oscura* (que, como saben quienes la han leído, tiene como protagonista a un exiliado del 39), se mostró interesada en leerla. Tan pronto como regresé a Nueva York, se la envié. Y al poco tiempo, recibí una carta de Janet en la que me decía que le había gustado mucho y que pensaba reseñarla en *Hispania*. Huelga decir que me puse más contento que unas pascuas.

La profesora Janet Pérez es sin duda una de las hispanistas más eminentes de nuestro tiempo. Sus libros y estudios (cerca de 300) sobre narradores y poetas españoles e hispanoamericanos, son seminales, modélicos en su prurito esclarecedor —y a veces controversiales—, frutos no ya de una lectura medio asimilada de tal o cual teórico de turno, sino de toda una vi-

da dedicada a las letras hispánicas. Su labor en la revista *Hispania* ha sido ejemplar. Y es curioso que sucediera en el cargo a Estelle Irizarry, académica de Número de la ANLE, estudiosa de la narrativa del exilio. Como asimismo es curioso que la Dra. Janet Pérez ocupe ahora la vacante que nos dejó en la Academia Norteamericana el llorado Ignacio Soldevila-Durante, pues el profesor Soldevila-Durante fue también uno de los grandes conocedores y difusores de la literatura española fuera de España. Aprovecho para recordar a Ignacio, quien, de seguro, se sentirá muy feliz, allá donde estuviere, sabiendo que Janet Pérez ingresa hoy en la Academia Norteamericana, institución para la que él, desde su residencia habitual en Canadá, trabajó con tanto esfuerzo y diligencia.

El retraso de la sociedad española durante las décadas anteriores a la Guerra Civil había sido atroz, si exceptuamos tal vez los avances conseguidos durante la Segunda República. La mujer seguía siendo víctima de una ideología cavernícola que la confinaba a vivir o malvivir en el ámbito doméstico. La mujer, acosada por los valores más tradicionales del momento, había sido relegada a su papel de esposa y madre. Las que tenían vocación literaria hubieron de luchar denodadamente para abrirse paso en aquel cotarro patriarcal y archipaternalista.

A pesar de ello, durante los años que precedieron a la Guerra Civil comenzó a notarse ya un cierto auge en la literatura escrita por mujeres, aunque muchas de ellas están hoy olvidadas. El exilio iba a ser su punto de encuentro. Como escribió María Zambrano:

El exilio es el lugar privilegiado para que la patria se descubra, para que ella misma se descubra cuando ya el exiliado ha dejado de buscarla”. [...] Cualquier exilio supone una ruptura con la vida cotidiana y un desgarró psicológico y anímico que influye en la vida de cualquier mujer y especialmente en las mujeres que se dedican a la actividad cultural.

A diferencia de otros tratamientos anteriores del tema del exilio, en el caso de las escritoras, éstas parecen considerar la escritura como mediadora y “sanadora” de las heridas de la distancia. Por eso, no debe extrañar que abunden los textos autobiográficos en las escritoras del destierro. Pero lo interesante estriba en destacar cómo muchas de las escritoras de la España peregrina, por haber tenido que vivir en una sociedad decididamente machista, ahora, en el exilio, se sienten renacer. El cordón umbilical con el país de origen no se escinde, pero poco a poco se gesta otro que servirá de puente entre la exiliada y el país que le brinda asilo. Claro está, esto no ocurre sólo entre las mujeres, sino también en algunos escritores. Como botón de muestra, basta recordar a Luis Cernuda, quien, a mi juicio, no hubiera sido nunca el gran poeta que fue sin sus vivencias exílicas: haber abandonado España entrañaba dolor, pero también suponía haberse liberado de una sociedad mojigata y terriblemente homófoba.

Ejemplos de textos autobiográficos, como digo, abundan en la literatura del exilio. Recordemos a Rosa Chacel, en *Desde el amanecer*; a Teresa Pàmies, en-

frentada a los dolorosos recuerdos, en una fantasía onírica no exenta de jirones de una realidad conmovedora, como evoca en su libro *Memorias de los muertos*; a Cecilia García de Guilarte, en *La soledad y sus ríos*, sobre sus experiencias del exilio en México, y también su autobiografía novelada *Nació en España*, donde escribe:

Creí que la vida empezaba de nuevo, aquí. ¡Qué tontería! ¡Como si la vida no fuese un hilo desde el principio hasta el fin, que sólo una vez se quiebra! ¡Empezar de nuevo, cortar el hilo por donde convenga! Y luego, ¿dónde anudar su punta mutilada para seguir tirando, para continuar viviendo? ¡No, no! Es un hilo desde el seno tibio de la madre hasta el frío abrazo de la tierra que se cierra entre nosotros.

Y recordemos también a Constanca de la Mora, en *Doble esplendor* (autobiografía), y a María Teresa León, en *Memoria de la melancolía*, obras que ejemplifican a cabalidad lo que se ha llamado prosa del exilio, prosa nostálgica.

En el mismo sentido, llegaría el momento en que, en el exilio, y con una obra literaria de altura, los críticos comenzarían a pasar por alto el hecho — anecdótico, al fin de cuentas— de que algunas de estas escritoras estuviesen casadas o fueran compañeras sentimentales de narradores y poetas de gran prestigio: de manera que no había por qué aplicar la coletilla de “la mujer de Alberti”, cuando se hablaba de María Teresa León, “la mujer de Domenchina”, cuando se

hablaba de Ernestina de Champourcin, o “la mujer de Altolaguirre”, cuando se hablaba de Concha Méndez.

En algunos casos, la mujer sacrificaría sus propios intereses al convertirse en lazarillos del marido, como por ejemplo la esposa de Juan Ramón Jiménez, Zenobia Camprubí, quien se encargaba de pasar a limpio, revisar las obras de su esposo, buscar editores, etc. Y sin embargo, qué mal se portó con ella Juan Ramón cuando Zenobia se moría de cáncer en los Estados Unidos, mientras él, en Puerto Rico, languidecía preso de una de sus crisis depresivas. (Si la sensibilidad sólo nos sirve para escribir hermosos poemas, mientras somos indiferentes ante el dolor del prójimo, más vale que seamos menos sensibles, que escribamos menos poemas y que, por el contrario, seamos más solidarios, más compasivos).

Pero otras escritoras abogaron por los derechos de la mujer, como Margarita Nelken, que había escrito antes de la guerra *La condición social de la mujer en España*, libro de ideas semejantes a las de Simone de Beauvoir en *Le deuxième sexe*, y que le valió ser acusada de “judía, prostituta y bruja”. O María Enciso, escritora almeriense, exiliada política que, desde la posguerra española, se vio obligada a azacanear por toda Europa. Y qué decir de Federica Montseny, con *Cien días en la vida de una mujer* y *El éxodo: Pasión y muerte de los españoles en el exilio*, libros que revelan a una mujer entregada a una causa, a un país.

Y por último, están las escritoras de la segunda generación, las que abandonaron España cuando todavía eran muy niñas, como Angelina Muñiz-Huberman,

que, según sus palabras, pertenece a esos “hijos del exilio, [...] educados como si el retorno a España hubiera de ser inminente y como si vivieran en una realidad ajena a la mexicana”, criándose “en la esperanza de la justicia” y deseosas de contribuir con su obra literaria a “la conservación de una posición ético-estética”.

Son también relevantes los testimonios de mujeres que no fueron escritoras, como los que se recogen en el libro *Nuevas Raíces. Testimonios de mujeres españolas en el exilio*, en el que oímos la voz de Amparo Segarra, esposa de Eugenio F. Granell, relatándonos la peripecia de cruzar a pie los Pirineos, con el hijo de dos años en brazos, siguiendo a un pastor (a un buen pastor), y la travesía hasta América en el De Salle perseguidos por submarinos alemanes, corroborando lo que en su día me contara el mismo Granell en Nueva York.

Todas ellas coadyuvaron a formar una poética del exilio, donde la lengua será la única patria posible, y la memoria, la libertad de la imaginación creadora o el retorno, sus temas recurrentes.

Distinguida profesora Janet Pérez, estimada colega, querida amiga, en nombre de todos los miembros de la Academia Norteamericana de la Lengua Española, me satisface enormemente darte la más calurosa bienvenida a nuestra institución.

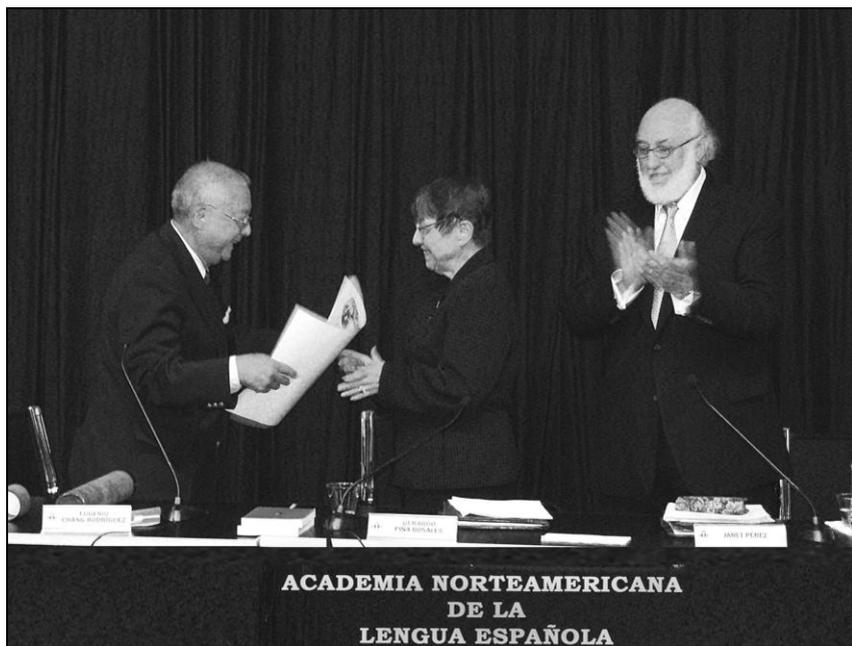




D.ª Janet Pérez lee su discurso de recepción en la ANLE en el Instituto Cervantes de Nueva York



D. Gerardo Piña-Rosales felicita a la Dra. Janet Pérez



D. Eugenio Chang-Rodríguez, cofundador de la ANLE y director del Boletín, le hace entrega a la Dra. Janet Pérez del diploma de miembro Numerario.

**ACADEMIA NORTEAMERICANA  
DE LA LENGUA ESPAÑOLA**  
(Correspondiente de la Real Academia Española)



**Academia Norteamericana de la Lengua Española**  
**G.P.O. Box 349**  
**New York, N.Y. 10116**  
**☎ 845 729-9306**  
**[www.anle.us](http://www.anle.us)**



❧ **DIRECTIVA** ❧

D. GERARDO PIÑA-ROSALES

Director

D. JORGE IGNACIO COVARRUBIAS

Secretario

D. JOAQUÍN SEGURA

Censor

D. EMILIO BERNAL LABRADA

Tesorero

D. EUGENIO CHANG-RODRÍGUEZ

Director del Boletín

D. THEODORE S. BEARDSLEY

Bibliotecario

## ACADÉMICOS DE NÚMERO

(Por orden de antigüedad)

D. THEODORE S. BEARDSLEY

D. EUGENIO CHANG-RODRÍGUEZ

D. ROBERTO GARZA SÁNCHEZ

D. ROBERTO A. GALVÁN

D. STANISLAV ZIMIC

D. ROLANDO HINOJOSA-SMITH

D. CARLOS ALBERTO SOLÉ

D. GERARDO PIÑA ROSALES

D. JOHN J. NITTI

D. JOAQUÍN SEGURA

D. EMILIO BERNAL LABRADA

D.<sup>a</sup> BEATRIZ VARELA

D. LUIS PÉREZ BOTERO

D. NICOLÁS TOSCANO LIRIA

D. MARCOS ANTONIO RAMOS

D.<sup>a</sup> ESTELLE IRIZARRY

D. MORDECAI RUBIN

D. UBALDO DI BENEDETTO

D. ROBERT LIMA

D.<sup>a</sup> SILVIA FAITELSON-WEISER

D. ANTONIO CULEBRAS

D. JOSÉ AMOR Y VÁZQUEZ

D. WILLIAM H. GONZÁLEZ

D. RAÚL MIRANDA RICO

D. ANTONIO GARRIDO MORAGA

D. ROBERT BLAKE

D. JUAN MANUEL PASCUAL

D. ORLANDO RODRÍGUEZ SARDIÑAS

D.<sup>a</sup> JANET PÉREZ

D. JORGE IGNACIO COVARRUBIAS

D. LUIS ALBERTO AMBROGGIO

D. MILTON M. AZEVEDO

D.<sup>a</sup> GEORGETTE DORN

D. VÍCTOR FUENTES

D. ISAAC GOLDEMBERG

D.<sup>a</sup> MARIELA A. GUTIÉRREZ

D.<sup>a</sup> LETICIA MOLINERO

D.<sup>a</sup> RIMA R. VALLBONA

## ACADÉMICOS CORRESPONDIENTES

D. JOSE LUIS ABELLÁN  
España

D. ALBERTO ACEREDA  
Estados Unidos

D. ÓSCAR ACOSTA  
Honduras

HORACIO AGUIRRE  
Estados Unidos

D. ABDELOUAHED AKMIR  
Marruecos

D. ELIO ALBA BUFILL  
Estados Unidos

D. JOSÉ MANUEL ALLENDESALAZAR  
España

D. FRANCISCO ALBIZÚREZ PALMA  
Guatemala

D. MARIO ANDINO LÓPEZ  
Estados Unidos

D.<sup>a</sup> UVA DE ARAGÓN  
Estados Unidos

D. ALFREDO ARDILA  
Estados Unidos

D. JORGE EDUARDO ARELLANO  
Nicaragua

D. SAMUEL G. ARMISTEAD  
Estados Unidos

D. MARCO AURELIO ARENAS  
Estados Unidos

D. FREDO ARIAS DE LA CANAL  
México

D. JOAQUÍN BADAJOZ  
Estados Unidos

D. PEDRO LUIS BARCIA  
Argentina

D. BELISARIO BETANCUR  
Colombia

D.<sup>a</sup> SILVIA BETTI  
Italia

D. GARLAND D. BILLS  
Estados Unidos

D. JOSÉ CARLOS BRANDI ALEIXO  
Brasil

D. JAVIER BUSTAMANTE  
Estados Unidos

D. ALBERTO CAÑAS  
Costa Rica

D.<sup>a</sup> MARGARITA CARRERA  
Guatemala

D. GERMÁN CARRILLO  
Estados Unidos

- D. LUIS ÁNGEL CASAS  
Estados Unidos
- D. CARLOS CASTAÑÓN-BARRIENTOS  
Bolivia
- D. ALBERTO CASTILLA VILLA  
Estados Unidos
- D. CARLOS JOAQUÍN CÓRDOVA  
Ecuador
- D. DAVID DEFERRARI  
Estados Unidos
- D.<sup>a</sup> DOMNITA DUMITRESCU  
Estados Unidos
- D. DAVID ESCOBAR GALINDO  
El Salvador
- D. CARLOS FERNÁNDEZ SHAW  
España
- D. DANIEL R. FERNÁNDEZ  
Estados Unidos
- D.<sup>a</sup> MARÍA DE LA PAZ FERNÁNDEZ  
Estados Unidos
- D. CHARLES B. FULLHABER  
Estados Unidos
- D. CRISTIAN GARCÍA-GODOY  
Estados Unidos
- D. MANUEL GARRIDO PALACIOS  
España

D.<sup>a</sup> LAURA GODFREY  
Estados Unidos

D. ALBERTO GÓMEZ FONT  
España

D. JOSÉ MANUEL GÓMEZ Y MÉNDEZ  
España

D. LUIS T. GONZÁLEZ DEL VALLE  
Estados Unidos

D.<sup>a</sup> YARA GONZÁLEZ MONTES  
Estados Unidos

D. ANTHONY GOOCH  
Inglaterra

D. FÉLIX ALFONSO DEL GRANADO ANAYA  
Estados Unidos

D. FÉLIX GRANDE  
España

D.<sup>a</sup> ALICIA DE GREGORIO  
Estados Unidos

D. PEDRO GUERRERO RUIZ  
España

D. HELIODORO GUTIÉRREZ GONZÁLEZ  
España

D.<sup>a</sup> AURORA HUMARÁN  
Argentina

D. CARLOS JONES GAYE  
Uruguay

D. CHEN KAIXIAN  
China

D. JORGE KATTÁN ZABLAH  
Estados Unidos

D. AMANCIO LABANDEIRA  
España

D. ÁNGEL LÓPEZ GARCÍA-MOLINS  
España

D. HUMBERTO LÓPEZ MORALES  
España

D. JESÚS LÓPEZ PELÁEZ-CASELLAS  
España

D. WENCESLAO CARLOS LOZANO  
España

D. FRANCISCO MARCOS MARÍN  
Estados Unidos

D. LUIS MARIO  
Estados Unidos

D. EMILIO MARTÍNEZ PAULA  
Estados Unidos

D. MARK P. DEL MASTRO  
Estados Unidos

D. ALFREDO MATUS OLIVER  
Chile

D.ª MARICEL MAYOR MARSÁN  
Estados Unidos

D. JUSTINO MENDES DE ALMEIDA  
Portugal

D. RAÚL MIRANDA RICO  
Estados Unidos

D. JOSÉ MORENO DE ALBA  
México

D. FRANCISCO MUÑOZ GUERRERO  
España

D. JOSE LUIS NAJENSON  
Israel

D. GONZALO NAVAJAS  
Estados Unidos

D. FERNANDO A. NAVARRO GONZÁLEZ  
España

D. JOSÉ MARÍA OBALDÍA  
Uruguay

D. JOHN O'NEILL  
Estados Unidos

D.<sup>a</sup> ROCÍO OVIEDO Y PÉREZ DE TUDELA  
España

D. ANTONIO PAMIES BELTRÁN  
España

D. FRANCISCO J. PEÑAS-BERMEJO  
Estados Unidos

D.<sup>a</sup> TERESINKA PEREIRA  
Estados Unidos

D. JOSÉ LUIS S. PONCE DE LEÓN  
Estados Unidos

D. ANTONIO PORPETTA  
España

D. JAIME POSADA  
Colombia

D. DOMINGO PRIETO GARCÍA  
España

D. RAÚL RIVADENEIRA PRADA  
Bolivia

D. AMADEU RODRIGUES TORRES  
Portugal

D. HERNÁN RODRÍGUEZ CASTELO  
Ecuador

D. CHRISTIAN RUBIO  
Estados Unidos

D. YURI A. RYLOV  
Rusia

D. FELIPE SAN JOSÉ GONZÁLEZ  
México

D.<sup>a</sup> ESTHER SÁNCHEZ GREY-ALBA  
Estados Unidos

D. JUAN VICENTE SÁNCHEZ ANDRÉS  
Estados Unidos

D. GONZALO SANTONJA GÓMEZ-AGERO  
España

D. GUSTAVO A. SILVA  
Suiza

D.<sup>a</sup> FATIMA TAHTAH  
Marruecos

D. HIROTO UEDA  
Japón

D. EDUARDO URBINA  
Estados Unidos

D. ÁNGEL JULIÁN VALBUENA-BRIONES  
Estados Unidos

D. BENJAMIN VALDIVIA  
México

D. JUAN VAN-HALEN ACEDO  
España

D. JOSÉ LUIS VEGA  
Puerto Rico

D. JOSÉ GUILLERMO ROS-ZANET  
Panamá

D. FRANK GÓMEZ  
Estados Unidos



## **COLABORADORES DE LA ANLE**

D. LUIS RÍOS  
Estados Unidos

D. CARLOS MELLIZO  
Estados Unidos

D.<sup>a</sup> VANESSA LAGO BARROS  
(Estados Unidos)

D.<sup>a</sup> CRISTINA BERTRAND  
Estados Unidos

D. MARIO MARTÍNEZ Y PALACIOS  
(Estados Unidos)

D.<sup>a</sup> MARISA FRANCO  
Puerto Rico

D. ALISTER RAMÍREZ MÁRQUEZ  
Estados Unidos

D.<sup>a</sup> MARTA BOLÍVAR  
Estados Unidos

D.<sup>a</sup> MARÍA EUGENIA COSEIRO  
Estados Unidos

D. FERNANDO WALKER  
Argentina

D.<sup>a</sup> NOHORA SARMIENTO  
Estados Unidos

D.<sup>a</sup> MARY S. VÁSQUEZ  
Estados Unidos

D.<sup>a</sup> MARÍA CORNELIO  
Estados Unidos

D. ANDREW LYNCH  
Estados Unidos

D. PORFIRIO RODRÍGUEZ  
Estados Unidos

D. RAFAEL E. SAUMELL-MUÑOZ  
Estados Unidos

D.<sup>a</sup> ROSA ALICIA RAMOS  
Estados Unidos

D. ALEJANDRO JOSÉ GONZÁLEZ ACOSTA  
México

D.<sup>a</sup> KAY PRITCHETT  
Estados Unidos

D. ÓSCAR MARTÍN  
Estados Unidos

D.<sup>a</sup> LUISA FOURNIER  
Estados Unidos

D. GINÉS LOZANO JAÉN  
España

D.<sup>a</sup> MARÍA TERESA CARO VALVERDE  
España

D. ANTONIO ROMÁN  
España

D.<sup>a</sup> NATALIA MANFREDI  
. Argentina

D.<sup>a</sup> MARÍA ELENA PELLY  
México

D.<sup>a</sup> KATHLEEN THERESE O'CONNOR-BATER  
Estados Unidos

D.<sup>a</sup> ALICIA AGNESE  
Estados Unidos

D. STEVEN STRANGE  
Estados Unidos

D. NICOLÁS MARTÍNEZ VALCÁRCEL  
España

D.<sup>a</sup> SILVIA BORRÁS-GINER  
Estados Unidos

D.<sup>a</sup> NURIA MORGADO  
Estados Unidos

D.<sup>a</sup> CARMEN TARRAB  
Estados Unidos

D. FRANCISCO ALVAREZ KOKI  
Estados Unidos

D.<sup>a</sup> LILIANA SOTO-FERNÁNDEZ  
Estados Unidos

D.<sup>a</sup> ONEIDA M. SÁNCHEZ  
Estados Unidos

D.<sup>a</sup> MARIE-LISE GAZARIAN  
Estados Unidos

D. JUSTO S. ALARCÓN  
Estados Unidos

D.<sup>a</sup> LAURA SÁNCHEZ  
Estados Unidos

D.<sup>a</sup> ANA ISABEL RODRÍGUEZ  
Estados Unidos

D.<sup>a</sup> CHEN ZHI  
China

D. MARIANO VITETTA  
Argentina

D. ANGEL AGUIRRE  
Estados Unidos

D.<sup>a</sup> MARÍA H. PERALTA DE DUCLOS  
Canadá

D.<sup>a</sup> PATRICIA LÓPEZ L.-GAY  
Estados Unidos

D.<sup>a</sup> ANA MARÍA OSAN  
Estados Unidos

D.<sup>a</sup> MARÍA ROSA DE MADARIAGA  
España

CARLOS E. PALDAO  
Estados Unidos

D.<sup>a</sup> CRISTINA ORTIZ  
Estados Unidos

D. RAFAEL CORBALÁN TORRES  
Estados Unidos

D.<sup>a</sup> ANA SÁNCHEZ-MUÑOZ  
Estados Unidos

D.<sup>a</sup> MARTA LÓPEZ LUACES  
Estados Unidos

D. GUSTAVO GODOY  
Estados Unidos

D.<sup>a</sup> M<sup>a</sup> DOLORES CUADRADO CAPARRÓS,  
España

D.<sup>a</sup> MARCELA TESTAI  
Estados Unidos

D. DANIEL Q. KELLEY  
Estados Unidos









Este libro acabose de imprimir el 2 de septiembre de 2011,  
festividad de Santa Teodora de Alejandría,  
en los talleres de The Country Press,  
Massachussetts,  
Estados Unidos de América

